PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

ABRIL-MAYO
2025

EJEMPLAR GRATUITO



No. 55

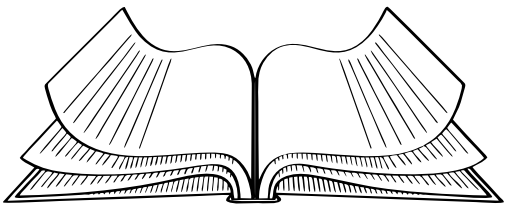
PUNTO
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

PILATES
NUEVO ESTUDIO



Síguenos y
reserva tu clase



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 55

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Blancos sueños
Francisco Javier Hernández 7

Mil pétalos anaranjados
Juan Miguel Bermúdez Ochoa 8

Nietzsche I
Luis Urbina 9

Vida
Francisco Javier Hernández 10

FIRMAS

Una tumba con visitas
Cecilia Durán Mena 13

Mística y magia en Isabel Tudor
Fernando Montoya 17

El sol es irascible
Andrea Fischer 24

IMAGINARIO

Dos máscaras ocultas
Irina Tall 30

Cuando intento ver el tiempo
Irina Tall 30

Sin título
Santiago Hoyos 31

Creadores de la Damiana
Ignacio Navarro 32

Sin título
Santiago Hoyos 33

El Fuerte de San Felipe y el Río Sado, en Setúbal, Portugal
Carlos Henrique Batista da Costa 33

VOCES

El portero de la generación dorada
Manuel Jorge Carreon Perea 34

Ar'hak Vhar
Alejandro Avila 41

Hiperosmia
Simona Galdina 45

Este, que no es el palacio de Juno Moneta
Juan Pablo Jaime Nieto 48

349 hilos
Itzayana San Germán Ceceña 54

NeuroVault
Santiago Hernández Contreras 57

Que llegues con bien
Denzil Garteiz 60

Hablando por escrito

Leemos y con esta acción sencilla ponemos en rotación una acción simbólica y evocadora que tiene que ver con la vitalidad de los signos y los valores culturales que nos dan identidad. Sí, que nos dan identidad y a la vez nos ayudan a formar comunidad. Se trata un momento íntimo y personal para quien lee y se pone en contacto con quien elevó la pluma y se puso a escribir. Es la alegría de encontrarse desde lo propio con lo otro y abrir el corazón. Porque, en efecto, para leer hay que activar el alma, de otra forma, solo estamos pasando los ojos por encima de los renglones que se conforman por letras y palabras sin significado.

Leer es entrar en contacto con lo alto. Cadmo, el rey de Tiro, lo sabía muy bien. Por eso, cuando Zeus le entrega a Harmonía —hija de Afrodita y Ares— como esposa y todos los dioses celebran la unión, el novio sabe que debe elegir muy bien el regalo que le dará a su consorte. El reto era mejorar todo lo que recibiría por parte de los habitantes del Olimpo: una bella túnica y un collar confeccionados por Hefesto, las musas le ofrecieron sus cantos, Apolo tocó la lira, Deméter le regaló la mejor de las cosechas, Atenea le entregó una capa que la hacía visible e invisible al usarla, corpórea ante la verdad; evanescente ante la mentira.

Pero, el regalo que Cadmo le daría a Harmonía sería superior. Cadmo entra al banquete en un carruaje de oro, camina por el pasillo y al llegar frente a su prometida, desata un pequeño saco de cuero que llevaba sujeto al cinturón. Le pide a su novia que junte las manos como formando una cuna y vacía el contenido del costalito.

Cadmo deja caer unas piezas pequeñas, diminutas, frágiles y quebradizas como patas de mosca, dice el cronista. Mientras los pequeños signos aún flotaban de la envoltura a los dedos de la esposa, Zeus se desencaja, monta en cólera y ordena a todos los dioses que abandonen el festejo y regresen al Olimpo. ¿Qué fue eso que Cadmo le regaló a Harmonia?

Porque Zeus se desencaja y junto con él todos los dioses abandonan el banquete. El evento es tan relevante que marca un hito: nunca más volverán a sentarse a convivir dioses con mortales. ¿Qué había en ese humilde costalito? ¿Qué fue lo que irritó tantísimo al dios de los dioses? Lo que Cadmo puso en manos de Harmonía era algo que permitiría "traspasar el umbral de la memoria". Algo que nos daría a los

simples mortales la posibilidad de la inmortalidad que hasta entonces estaba reservada únicamente para los dioses. Lo de Cadmo fue un atrevimiento, porque el regalo que le hizo a Harmonía eran las letras del primer alfabeto.

El astuto rey de Tiro, tal como Prometeo, es un héroe que como lo narran Esquilo y Eurípides les arrebató a los dioses y entregó a los humanos la capacidad de domesticar la escritura. Cadmo tuvo el atrevimiento y nosotros, hijos de la tierra y el agua, ahora podemos gozar de las mieles de ese regalo magnífico que quedó en manos de Harmonía como legado para la Humanidad.

El atrevimiento de Cadmo nos permite a los seres humanos que tenemos el privilegio de saber leer y escribir poner nuestros signos en rotación, estirar las manos, acunar las ideas e iluminar las letras.

Blancos sueños

Francisco Javier Hernández



Diana Sánchez Trejo

Mar de blancos sueños
en una noche tranquila.
Las farolas se desangran
de luz sobre las calles.
Sentimientos de eternidad
cruzan fugaces el firmamento...
¿Dónde está aquel divino amor
que en sueños le pedí a Dios?
Un amor para todos los hogares,
un amor para abrace la Tierra
y que extirpe, para siempre, de nosotros
el dolor y la perversión...
Mar de arabescos dorados,
¿dónde está aquel divino amor?

Mil pétalos anaranjados

Juan Miguel Bermúdez Ochoa



Diana Sánchez Trejo

Flor de mil pétalos anaranjados,
llévame bajo la noche estrellada.
Cual fuego alumbra mi triste mirada
y calienta mis huesos fragmentados.

Existo en los senderos olvidados,
donde las almas vagan sin parada,
donde la esperanza queda extraviada
y los anhelos yacen enterrados.

Mil pétalos, mil pálpitos, mil pasos
he dado, buscando el llanto que llora
por mí, a pocos centímetros escasos.

Pero, nadie ve, nadie oye, mi ahora
robado, del horizonte de ocasos
sin fin. Sólo es muerte que de mí aflora.

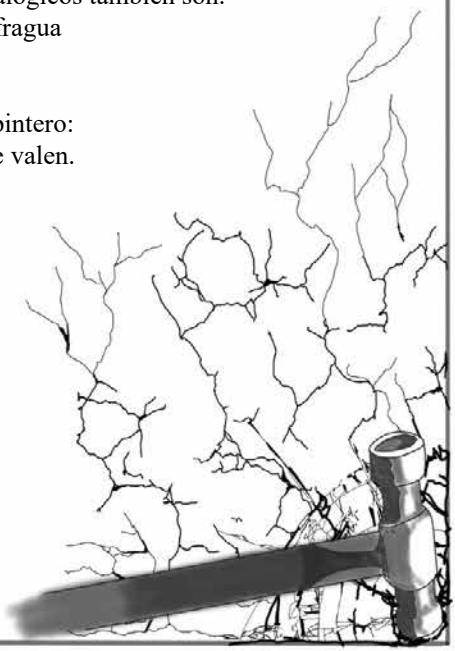
Nietzsche
I

Luis Urbina

Filosofía de la Voluntad y las máximas
de vertiginosas alturas o bajezas, torcidas o rectas,
virtuosas o ilusas
en la genealogía de las herramientas;
pero a martillazos.

De alarmante demolición, genealógicos también son.
Y los del trabajo creativo en la fragua
sobre un yunque empecinado.

Y el martillo de un maestro carpintero:
unos clavos que salen, otros que valen.



Juan Pablo Mena

Vida

Francisco Javier Hernández

Pues cuando me contemplo
en la infinitud de la vida
—el cielo, los árboles, el viento—
todo germen despreciable
se desvanece de mi ser,
toda mala inclinación
se hace cenizas, se extingue.
Una aurora parece trufar
mi espíritu. El himno de la alegría
y la serenidad resuenan alto,
estridentes, en divino éxtasis.
Mis deseos se vuelven el culmen
de la razón y el amor; se vuelven
un arabesco celeste, una flama
que ilumina la Tierra, un verso
supremo de verdad: *una salvación...*



Diana Sánchez Trejo

¡Revista *Por Escrito* te invita a su nuevo taller!



TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Para más información escríbenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Revista *Por escrito* te invita a su curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Una tumba con visitas

Cecilia Durán Mena

Siempre me ha parecido que las mañanas de la última semana de febrero son hermosas. Especialmente aquellas que amanecen después de una ventisca tan violenta como la de anoche, en la que, en vez de escuchar al aire, parece que oyes un búho cantándole a la luna. Son hermosas, insisto, porque son limpias. El viento barre toda la contaminación de la Ciudad de México y te enteras de que el cielo puede ser azul en vez de gris y alcanzas a ver al Popocatépetl y al Iztaccíhuatl. Las primeras horas del día se iluminan con cierta alegría pre-primaveral, pero en los últimos estertores del invierno hay un frío que se hace notar.

Parece un día propicio para salir a caminar, visitar un museo o sentarte en alguna terraza a desayunar y hojear un periódico —cosa poco común, porque ya casi todo se lee en formato digital—, más que una mañana para asistir a un funeral. La Muerte, esa que se escribe con mayúscula, lleva su propio libro de cuentas. Muchas familias pierden a sus seres queridos antes de tiempo, decía mi abuela. Yo creo que casi todas se van antes de tiempo. Siempre queremos a los nuestros vivos, solo quienes están en los extremos los pierden a tiempo: los mezquinos que quieren empujar al hoyo a la gente y los que aman demasiado que buscan terminar con un sufrimiento continuado. Para ambos, la muerte es una bendición sea por las malas intenciones o por las mejores.

No sé, cada uno y su relación con la muerte. Creo que los muertos y los vivos tenemos una relación de parentesco muy cercano. Pensamos en ellos, les contamos nuestras cosas, a veces los visitamos y, llegará el día en que nos reunamos con ellos. La mayoría de los mexicanos tenemos lazos profundos con los que están en el más allá: siempre estamos en compañía de algún muerto. Mi nana decía que todos los que nos quisieron en vida están con la mano extendida a un palmo de distancia, listos para ayudarnos. No sé si eso sea así, a veces no lo creo.

Lo que sí creo es que llegará el día en el que sentiremos un golpecito, nos tomarán de la mano y escucharemos una voz que nos diga: vente, ya llegó tu momento.

Me da por entrar en estos pensamientos mortuorios cuando voy de camino a un funeral, tampoco es que me la pase pensando en eso. De hecho, no me gusta el tema ni ir a velorios y menos ir a cementerios. En el pueblo de mis padres, la costumbre era que las mujeres se despidieran en casa y no fueran al panteón. Veían partir el féretro y solo los hombres

iban al enterramiento. No era una mala costumbre. Las cosas cambian. Ahora, van quienes quieren acompañar a los deudos. Son pocos los que quieren ofrecer compañía y consuelo. Hoy, la despersonalización ha llegado a un grado tal que los pésames llegan por WhatsApp y las condolencias se dan por redes sociales. A las casas funerarias llegan pocos, ya casi nadie se siente impelido a ir. Yo soy de otra educación y creo que hay circunstancias en las que la presencia no se llena con un recado digital.

Me toca acompañar a Flavio mi amigo desde la primaria. Murió su hijo. Sí, quizás mi abuela tuviera razón y hay familias que pierden demasiado pronto a sus seres queridos. El funeral es en el panteón francés, el de San Joaquín y no el de La Piedad. Cruzo el arco de piedra y me adentro en el panorama de las tumbas. Estaciono el coche un poco lejos del velatorio y tengo que caminar por las calles del panteón. Los sepulcros están dispuestos en filas. Me parece que son estanterías llenas de historias. Historias que se resumen en lápidas. No puedo dejar de leer lo que dicen, también lo que no dicen, lo que puedo imaginar.

Algunas lápidas cuentan una rápida historia: Felipe Mettier Desantis nació en 1928, murió en 1958. Vaya, murió joven. Otras, nos dicen algo más: Margarita Pérez Mourat, 1919-1985: abuela, madre, esposa amada. Me entretengo leyendo cada una y me imagino que estoy frente a una biblioteca que narra historias vividas y desaparecidas tiempo atrás. Siento un apretón en el brazo. Saltó. El alma se me sale del cuerpo. Miro por encima del hombro. Es Manuel Bernardes, otro de mis compañeros de primaria, un hombre difícil de leer. Siempre ofrece una sonrisa amable y te pega con esa mirada tan pedante que parece que te observa desde un pedestal. Es un genio para las matemáticas y un desastre social. Es viudo.

Ahoga una risa porque es evidente que me asustó y lo sabe. Hola, ¿vienes al velorio del hijo de Flavio? Aunque, la respuesta es obvia, le contesto que así es, mientras trato de recomponerme del sustazo que me sacó. ¿Y tú?, le pregunto antes de saludarlo. Sí y no, así es Manuel, dando respuestas ambiguas para que sea uno el que le pregunte y lleve el peso de la conversación. Caigo en su juego. ¿Cómo? ¿Sí o no? Sí, porque vengo a acompañar a Flavio. Aunque en realidad, vengo a visitar a mi mujer. La visito cada domingo, sin falta. Su voz sale como si fuera un fantasma que se va flotando entre las tumbas y el ruido de fondo del ajetreo de la ciudad. Primero voy a verla y luego voy al velorio. Hay tiempo, ¿me acompañas? Como siempre me pasa, digo que sí cuando quiero decir que no.

Diana Sánchez Trejo

Caminamos en silencio. Manuel va con las manos entrelazadas en la espalda, como cuando era niño y lo pasaban al frente a hacer una presentación o a resolver un problema de matemáticas en el pizarrón. Hay gente que no cambia con el paso del tiempo, lleva unos pantalones negros muy parecidos a los que usaba en la preparatoria y un suéter de botones que le da un aire escolar. Vamos tan callados que se escuchan nuestras pisadas. Alargamos la mirada. Hay tantos fallecidos: héroes y villanos, científicos y artistas, civiles y militares: personas que una vez vivieron, se rieron, amaron, lloraron. Unas disfrutaron, otras padecieron. Logros y fracasos que pierden relieve frente a la muerte. Historias que se esconden detrás de las piedras, bajo el musgo, entre las hojas secas de los eucaliptos, encinos y orejas de burro. ¿Qué piensas?, la voz de Manuel sigue siendo la misma del muchacho que salió de la preparatoria. Me da pena decirle que la mente se engancha en las vidas que se ocultan debajo de esas lápidas. En nada, le contesto con una sonrisa que me sale más bien como una mueca.

Un cementerio es un lugar para hacerse preguntas, ¿no crees?, incita a ello. La verdad es que no, no lo creo. Prefiero guardar silencio y elevar los hombros. Quiero preguntarle por qué murió su esposa, cuánto tiempo estuvieron casados y, por fortuna, la prudencia impera. ¿Sabes si van a incinerar al hijo de Flavio?, me pregunta Manuel con la corrección que siempre lo ha caracterizado. No, ni idea, aprieto fuerte los labios, no se me hubiera ocurrido preguntar eso. Hay cada vez menos personas que quieran darle sepultura a sus muertos. Ahora, la gente prefiere la incineración en vez de inhumar a los suyos. ¿Sabes cuál es la consecuencia? No, ¿cuál? Se pierde la costumbre de visitar y adecentar la tumba de los seres queridos. Suspiro. Es verdad. Cada vez es menos frecuente saber de gente que visita estos lugares. Hay un agradable olor a humedad, el sol que nos da en la espalda se siente bien.

¿Si tuvieras que elegir una de estas lápidas para que fuera la tuya, cuál elegirías? Ay, Manuel, ¡qué pregunta! No sé. Ninguna. ¿Entonces, eres de las personas que le avientan la responsabilidad a los que se quedan en vez de asumirla tú? Claro, salió el Manuel Bernardes de toda la vida. No sé, ni siquiera sé si quiero que me incineren y que me avienten al mar o que me pongan en un nicho de iglesia. ¿Tú, cuál escoges? Mira, yo esa. Señala una lápida de granito negro con la inscripción en letras doradas: “El aprendizaje hace al genio brillante”. Lo miro, ¿por qué no me sorprendo?

No, no, a mí no me gusta algo tan académico. Prefiero algo como: “Aquí estoy yo”. ¿Muy simple, no crees?, las comisuras de los labios

de Manuel se cuelgan en un gesto afectado de suficiencia. ¿Así lo ves? No. Me gusta. Que sea algo que no parezca una casa entre los muertos. Pues, te tengo malas noticias, eso es precisamente lo que es una tumba. Sí y no, como tú dices. Las tumbas son también un archivo tentador. Son agujeros que tienen datos tan básicos: fechas, nombres, con suerte algún otro dato y si eres curioso y traes tu teléfono cargado, buscas en internet los datos de esa persona y completas la historia.

Qué chistosa forma tienes de llevar a cabo una redención. ¿Chistosa?, le hago ver que me siento ofendida. Sí, chistosa, insiste, quieres darles vida después de morir, porque hay quienes creen que la muerte es el gran sanseacabó. No, yo no creo eso. ¿Tú sí? Meto mucho aire a los pulmones, tengo miedo de decirle que soy una mujer de fe y creo con fervor que hay algo más y mejor después de morir porque, la verdad, le tengo miedo. Siempre fue un compañero burlón. Solo lo sabremos en ese momento, Manuel. Lo que sí creo es que los que nos quedamos podemos recordarlos y podemos hacerlo en todo momento.

Manuel me señala con la mano el camino y llegamos a una tumba junto a una banca de metal. Es aquí. La lápida sobre la tumba de la esposa de Manuel es un rectángulo de cantera rosa. Las letras manuscritas dibujaban su nombre y las fechas completas de nacimiento y muerte. La inscripción de una corona laurel adorna el nombre. A los pies, está un ramo con rosas color naranja envueltas en un papel celofán transparente. Parece como si las acabaran de dejar ahí. Miramos alrededor y no logramos distinguir a nadie. Tampoco nos topamos con ninguna persona mientras caminábamos.

La respiración de Manuel se agita. Los poros nasales se inflan y se desinflan rápido y con fuerza. Puedo escuchar como entra y sale el aire de su cuerpo. Brota mi imprudencia que ya se había tardado en salir. ¿Quién las habrá traído? Yo sé quién las trajo. Sin grandes aspavientos, se agacha a recoger las flores y las pone a un lado. Vámonos, es tiempo de ir a acompañar a Flavio. Sin esperarme, toma camino rumbo al velatorio. Me quedo clavada en el lugar. Parece que la tumba de la esposa de Manuel es una tumba con visitas

Mística y magia en Isabel Tudor

Fernando Montoya

Apuntó su mira en una cierta dirección
Hacia una bella vestal, entronada por el Occidente,
Y de su arco disparó la flecha del amor,
Con una fuerza que habría traspasado mil corazones.
Pero pude ver la ardiente flecha del joven Cupido
Que se apagaba en los castos rayos de la húmeda Luna,
Mientras pasaba la defensora imperial,
En su virginal meditación, sin preocupaciones amorosas.
William Shakespeare, Sueño de una noche de verano, II, i.

Mucho se ha hablado sobre Isabel I de Inglaterra (1533-1603). Creció en una corte en la que, como ocurre con Alicia en el País de las Maravillas, las cabezas rodaban al mandato del monarca. Aquellos fueron tiempos ricos en prodigios y el menor de ellos no fue que Isabel muriera en la cama. El pueblo que la coronó se agitaba al borde de la crisis y del abismo organizado por los adversarios que lo rodeaban. El Pontífice de Roma la condenó a una muerte física y a arder eternamente en los infiernos. Nunca tantos católicos (en Francia, España, Escocia, Irlanda, Inglaterra y los Países Bajos) maldijeron tan unánime y apasionadamente a una sola mujer. A su muerte, la isla británica estaba en camino de ser la potencia que controlaría el continente europeo. Fue la hija de un rey que decapitaba reinas, la sucesora de una dinastía sangrienta. Fue la monarca que atravesó una época turbulenta con el resplandor de una virgen coronada.

Isabel sería la codiciada mujer a la que todos deberían amar y ninguno poseer. En un país gobernado desde la eternidad de la noche por la sombra de Boadicea[1], los espectros de las sacerdotisas druidas y el sortilegio de la época de Arturo y el mítico Merlín, Isabel se transformó en una hechicera a ratos sutil y extravagante, pero de una eficacia, inteligencia y mística secular.

La época isabelina logró crear una época de poetas (Edmund Spenser, John Donne); músicos (William Byrd, John Dowland, Henry Purcell, quien dedicó a Isabel su semiópera The Fairy Queen), escritores y dramaturgos (William Shakespeare, George Chapman,

[1]Reina de los icenos, que dirigió diversas tribus britanas, durante el levantamiento contra la ocupación romana (60 y 61 d. C.), y en el marco del reinado del emperador Nerón. Los hechos han sido narrados por dos historiadores, Tácito *(Anales y La vida de Julio Agrícola)* y Dion Casio *(Historia romana)*.

Christopher Marlowe), navegantes (Francis Drake, Walter Raleigh) y científicos, filósofos, astrónomos y astrólogos (John Dee, Francis Bacon). Asimismo, obtuvo la autarquía económica de Inglaterra, el mejoramiento de su comercio naval y el fortalecimiento de una marina de guerra que aniquiló a la Armada española y protegió la independencia de la protestante Holanda frente a los reinos de Francia y de España.

Durante su reinado, pudieron asentarse los cimientos para una industria nacional de vidrio, cerámica y seda. Se fundó la Bolsa de Londres, que en breve tiempo se transformaría en la más notable del mundo. El Papa Pío V la excomulgó. Gregorio XIII aseguró que no sería pecado asesinarla. Cuando el arzobispo de Canterbury definió como frágiles sus medidas anticatólicas, Isabel lo destituyó. Cuando Francis Walsingham (su más leal consejero) presentó las pruebas suficientes de que María Estuardo, la reina católica de Escocia, confabulara contra ella, la monarca permitió que el Parlamento dictara su pena de muerte. Tampoco dudó a la hora de firmar la ejecución del conde de Essex, Robert Devereux, su amante más cercano y, a la vez, su más seguro traidor.

En términos de la historia del pensamiento filosófico y literario, Isabel Tudor, The Fairy Queen, es un personaje básicamente místico y cubierto de magia. Shakespeare, Chapman, Spenser y Dee, han sido quienes, principalmente, labraron este camino.

John Dee (1527-1608) fue un matemático, astrónomo y astrólogo quien creía ser descendiente de un antiguo príncipe británico; llegó hasta pretender estar emparentado con los Tudor y con la Reina misma. Con mucha pasión se consideraba a sí mismo un elemento vinculado con el elemento arturiano, mítico y místico de la idea isabelina del "Imperio Británico". De hecho, la historia lo ha señalado como uno de los agentes secretos de la reina (reclutado por Walsingham), y quien firmaba sus mensajes con dos círculos que representaban unos quevedos e indicando que él era los ojos secretos de la Reina. Los dos círculos estaban bajo lo que parece ser un signo en escuadra (quizá relacionado con la expresión masónica be in the square), o bien un número siete alargado, de donde se desprende la cifra "007" que para Dee era considerado un número cabalístico.

Dee no fue solamente devoto de la astrología, la matemática y el ocultismo, sino que también deseaba ponerlos en práctica para bien de los británicos y para la expansión territorial de la Inglaterra isabelina. Ejercía su erudición a favor de un plan político-religioso-astrológico unido con el destino imperial de Isabel. La glorificación de la dinastía Tudor como una institución religiosa-imperial estaba basada en que la reforma de Enrique VIII había desconocido al Papa para erigir al monarca como

jefe supremo tanto de la Iglesia como del Estado británicos. Este suceso político se rodeó de una mística sobre "la antigua monarquía británica", heredera del rey Arturo, personificada por los Tudor en calidad de antigua estirpe británica supuestamente descendiente del mismo rey, que retornó al poder protegiendo a una Iglesia británica purificada, amparada contra las potencias maliciosas, por una caballería religiosa que combatía los intentos hispanos de dominio universal.

Las disertaciones de Dee acerca del destino imperial de la reina Isabel I son exhibidas en su obra General and Rare Memorials Pertayning to the Perfect Art of Navigation (1577). Según el filósofo, el fortalecimiento de la marina y la expansión marítima inglesa se corresponden con los diversos planes acerca de los territorios que Isabel habría podido reclamar con a partir de la mítica descendencia del rey Arturo. El pensamiento de Dee también pretende justificar el mito de que presumiblemente los monarcas británicos eran descendientes de Bruto de Troya, por lo que tenían una relación directa con el mito de la Roma imperial[2]. El rey Arturo, a su vez descendiente de Bruto, según esta versión de la historia británica, era el principal exponente religioso y místico del sagrado cristianismo imperial británico[3].



Diana Sánchez Trejo

Otro pasaje señalado para iluminar el "papel mágico" de John Dee sobre Isabel fueron sus labores de adivinación a través de "ángeles y astros".

[2] Según el cronista Geoffrey de Monmouth, el legendario Bruto, nieto de Eneas y desterrado de Italia, llegó a Gran Bretaña, fundando Nueva Troya. Aludiendo a fuentes romanas como el historiador Tito Livio o el poeta Virgilio, la historia se inicia con Eneas, héroe troyano de la mitología griega y romana, hijo de Venus (Afrodita), y antepasado de Rómulo y Remo, fundadores de Roma.

[3] Historia Brittonum (Historia de los Bretones) es un documento del siglo IX atribuido al monje galés Nennius y que se cree fue escrito entre los años 828 y 830. En los textos se relata la historia del origen de Gran Bretaña, desde su fundación por un asentamiento de troyanos expatriados hace 2,000 años, hasta varios siglos después, llegando hasta los siglos V y VI, donde aparecen los últimos reyes legendarios de Britania, entre ellos el rey Arturo (Arthur Pendragon).

En su comunicado del 5 de mayo de 1583, Dee le preguntó al ángel Uriel por el significado de una visión que tuvo con "el mar y muchas naves en él, y un hombre negro que cortaba la cabeza de una mujer". Éste le contestó que correspondían a dos sucesos próximos: "las disposiciones de potencias extranjeras contra el bienestar de esta tierra" y "la muerte de una reina". Faltaban cuatro años para la ejecución de María Estuardo y la derrota de la Armada Invencible[4].

Por otro lado, "The Faerie Queen", poema épico escrito por Edmund Spenser, es una obra que adapta el pensamiento y los conceptos del teólogo veneciano Francesco Giorgi (1466-1540) a su panegírico a la reina Isabel I y de su reforma imperial. Spenser le confesó a Sir Walter Raleigh, famoso navegante (o bien, pirata acudiendo a la versión española), que el poema fue proyectado en primer lugar para honrar a la Reina. En las dedicatorias de cada libro se presenta a Isabel Tudor como el ejemplo supremo de la virtud y la astrología. Los elementos planetarios del poema están arreglados para expresar el retrato ideal de un jefe religioso y moral, es decir Isabel, y de su reforma imperial. Dicho retrato tiene diversos matices planetarios y angélicos. En resumen, está iluminado por el Sol de la religión y la caridad cristiana; con rojos destellos de firmeza y de la valentía del planeta Marte; la blanca castidad de la Luna expresa la pureza de la reforma de la Reina Virgen; en Mercurio, reconcilia la religiosidad con la alquimia espiritual; la justicia de Saturno representa el sabio gobierno de Astrea, diosa virgen que llevaba los rayos de Zeus en sus brazos, y con Venus el carácter de un culto cortesano, o bien, de una corte gobernada por la figura mesiánica de una mujer reinante. En términos generales, "The Faerie Queen" es un poema "mágico renacentista", envuelto en la mística cabalístico-cristiana y neoplatónica, donde ejerce sus artes el mago bueno y hombre de ciencia Merlin (nombre a veces atribuido a John Dee), profundamente opuesto a los malos brujos y nigromantes y a la mala religión. La magia blanca de la reforma imperial pura se opone, pues, a la perversa nigromancia de sus enemigos.

Otros poemas que implican el misterio de la figura isabelina son "Hymnus in Noctem" e "Hymnus in Cynthiam" de George Chapman (1559-1634). En este Himno a Cintia (la Luna) se puede observar cómo el poeta asimila sus imágenes al culto isabelino. Cintia, la Luna, es "nuestra emperatriz", o sea Isabel, que aparece en toda la pureza ante su

[4] John Dee y Edawrd Kelly, *The Calls of Enoch: The First Key of Enochian Magic,* Forgotten Books.

reforma imperial. Al término del "Hymnus in Noctem" está emergiendo la Luna, surgiendo como novia gloriosa y asociada a ella "como una maga" se halla "la asombrosa presencia de nuestra Emperatriz". Chapman afirma, en una nota, que su intención es aludir a la "autoridad mágica" de Isabel. En el "Hymnus in Cinthiam" la Luna mágica ha salido completamente, alcanzando la "pureza que purga todos los males".

La visión lunar del Hymnus in Cinthiam nos demuestra un elemento político elemental para la época: la aspiración a la "Edad de Oro". Este nivel profético se armoniza con el culto de la Reina Isabel en su advocación de Virgen de la Reforma Imperial: se exhorta a venerar a la Luna en su aspecto moral como ejemplo de Castidad, y en su aspecto político contrapuesta al Sol, al que se asigna la representación de las potencias políticas y religiosas europeas que son antagonistas de Isabel-Cintia, aconsejándole lo siguiente: Coloca tu trono imperial de cristal. En directa oposición al Sol de Europa. Y dale la oscuridad que amenaza la Luz. Aquí se comprende que el enemigo de Isabel-Cintia es el malvado Sol del papado y de la agresión española. Los poemas de Chapman, pues, tienden a crear una imagen en la que Isabel es figura central de la visión política del Imperio Reformado, contemplada en la Noche e inspirada con su blanquísima magia.

En la obra de William Shakespeare (1564-1616), Isabel es, otra vez, "la reina de las hadas". "Las hadas" del poeta inglés tienen relación con la Reina Virgen por su lealtad y su fervorosa defensa de la castidad. Por ejemplo, en las escenas con hadas de "Las alegres comadres" de Windsor se habla de la Reina, de la Orden de la Jarretera, localizada en Windsor. Las hadas tienen la función de defender la moral de la castidad, de una Reina casta y de su purísima caballería. Se les exhorta a practicar la magia blanca para protegerla a ella y a su orden caballeresca del efecto de las malas influencias. Castigan a Falstaff por su lascivia, escriben el lema de la Orden de la Jarretera con flores: "Honi soit qui mal y pense" (Vergüenza de aquel que de esto piense mal), y decoran la capilla donde tiene su sede. No hay que considerar que estas hadas isabelinas sean manifestaciones de una tradición folklórica o popular; son más bien de origen literario y religioso, y proceden de leyendas arturianas y de la magia blanca de la Cábala cristiana. El empleo de las imágenes fantásticas de hadas en el culto de la Reina data de los juegos en el marco de la coronación, y se relacionaba con las fantasías caballerescas de esos juegos.

Las hadas shakesperianas derivan de una atmósfera de magia blanca, arturiana y cabalística, ya que exaltan una caballería andante al servicio de la Reina y de sus proyectos de reforma imperial. Quien lea las escenas de Shakespeare sin referencia al esfuerzo desplegado en esa época para hacer de la Reina Virgen la representante de una religión pura, no captará su verdadero propósito, que era apoyar un pensamiento pro-isabelino. Aunque disfrazado de fantasía, este era un trabajo literario con propósitos muy serios.

En *Sueño de una noche de verano,* Shakespeare desarrolla una comedia mágica sobre unos amantes encantados, que se desarrolla en un mundo nocturno e iluminado por la luna, donde hay hadas al servicio de su rey y de su reina. En esta trama, está tejido un sugestivo retrato de la reina Isabel I, cuando el rey de las hadas, Oberón, cuenta que vio a Cupido que con gran alarma volaba de la fría Luna a la Tierra. La imagen shakesperiana de Isabel como vestal virgen, casta luna que rechaza los asaltos de Cupido y "defensora imperial", es un brillante resumen del culto de la Reina como representante de la reforma imperial. Hay otro retrato muy conocido que presenta en forma visual la imagen fabulosa de Isabel. La Reina aparece con un objeto destinado a tamizar, emblema de la castidad de las vírgenes vestales, tras ella se yergue la columna del imperio, y junto a su persona hay un globo en el que se ven las Islas Británicas rodeadas de barcos, alusión a que está sentada en un trono "en Occidente". Es este el retrato de la virgen de la reforma imperial, del cual Shakespeare hace una versión verbal en los versos citados al principio de este artículo. Además, este triunfo se refiere a la pureza tanto en la vida pública como en la privada, es decir a Isabel en su función pública de representante de la reforma imperial pura y en su vida personal de mujer casta.

Al subir al trono de Inglaterra el Rey de Escocia en 1603, el problema de la brujería, hechicería y supersticiones se agudizó, ya que este monarca creía en estos asuntos y estaba convencido de que cierta gente conspiraba para hacerle personalmente daño por medio de hechizos. No creía en el pensamiento isabelino, la Cábala cristiana, formulado por Cornelio Agrippa, pues en su libro sobre demonología había contado a este autor entre los hechiceros, diablos y brujas más malvados. Incluso remetió contra John Dee que en vano recurrió a él para ser exonerado de la acusación de practicar magia negra. Es seguro que el monarca Estuardo también rechazaba el mundo spenseriano de las hadas y de la Cábala blanca, pues en efecto condenó a las hadas, tachándolas de

espíritus malignos. En definitiva, todo lo que olía a Isabel Tudor lo despreciaba por la obvia razón de que esta fue la ejecutora de su madre, María Estuardo.

Una hechicera no puede casarse. Una virgen tampoco. E Isabel Tudor supo dar la impresión de que era ambas cosas. Murió el 24 de marzo de 1603, a los 69 años. The Fairy Queen desapareció dejando un hueco femenino de inmaculada nostalgia que los ingleses se empeñan en llenar periódicamente. ¿Qué otra monarquía acude en su definición tanto a la magia?



Diana Sánchez Trejo

El sol es irascible

Andrea Fischer

1. Los arrebatos furiosos del Sol

Me pidió que nos encontráramos un par de días antes. Accedí: pocas veces en la vida, decían los medios, podría apreciarse un fenómeno natural de esa magnitud. Algunos, incluso, lo catalogaron como el evento astronómico del siglo: una sonrisa ominosa en el cielo; un anillo de fuego. Y sí, claro que me dieron ganas de verlo juntos.

Acordamos que nos veríamos en un cafecito que le gustaba mucho en la Roma. Guadalajara 36, cómo no me iba a acordar. Incluso recordé que la primera vez que fuimos, Francisco y yo, el cielo estaba blanco, los árboles desnudos, las calles baldías. Llegué por mi cuenta y, al verme, en lugar de saludarme me preguntó si me gustaba el café cargado. Era invierno y hacía ese frío discreto que fragmenta el rostro mientras caminas. Lento, casi para que no te des cuenta. En ese momento, me dio igual qué tan cargado estuviera el café.

La cuenta está abierta, me dijo cuando me acerqué a la barra. Pedí cualquier cosa. En la mesa, él ya tenía frente a sí un pan dulce y un espresso a medio tomar. Estaba sentado afuera, con las piernas cruzadas y las manos ocultas debajo de un chaleco pesado. No recuerdo de qué hablamos.

Nuestras conversaciones tendían a ser atropelladas. Casi como si imitáramos el desorden insistente de la Ciudad de México: así como los capitalinos acostumbran a pasarse los altos, Francisco me interrumpía y me cambiaba el tema. Y lo entiendo: yo hacía mercadotecnia para un estudio de wellness; él vendía muebles en la empresa de su familia. Llegó un punto, después de meses, que prefería buscar estrías en el pavimento que molestarme por sus deslices. Me convencí a mí misma de que no era intencional.

Y luego, de la nada, me hacía preguntas mirándome a los ojos. Pareciera que todos los remolinos, todas las explosiones, todos los arrebatos furiosos del Sol se te hubieran impreso en la mirada. Y el Sol es irascible.

2. Las manchas del Sol

El Sol tiene manchas negras. Y no como las que nos salen en el rostro a los humanos con piel grasosa, me explicó Francisco alguna vez. Era astrónomo por gusto, pero había estudiado ingeniería industrial. O

algo así, para diseñar muebles. De hecho, me dijo en una ocasión, las manchas solares son tan grandes, que podrían devorar planetas enteros. A veces me daba risa cómo decía las cosas: generalmente no te imaginas a un hombre de voz grave hablando de tormentas geomagnéticas.

Era cuando íbamos por café. Me hablaba de los vórtices de energía monstruosos que se formaban sobre la superficie de nuestra única estrella. En las regiones más frías del Sol, me decía con los ojos encendidos, se hacen agujeros gigantescos que, con los telescopios que existen, parecen más oscuros. Y luego perdía el hilo de la conversación y me hablaba de otras cosas. Honestamente, nunca entendí qué era lo que me llamaba la atención de él. Pero sin duda me desconcertaba ese fulgor furioso en sus ojos.

Era evidente incluso detrás de los marcos pesados de sus lentes. Me descubrí a mí misma viendo las pecas minúsculas que se le habían formado sobre la línea del iris verde. A lo mejor Francisco también tenía manchas solares en los ojos.



Diana Sánchez Trejo

3. Las constelaciones no corresponden

Primero nos veíamos de vez en cuando. Luego cada semana. Llegó un punto en el que buscábamos excusas para coincidir. Y sí, claro que me hablaba del campo magnético de la Tierra y de otras tantas cosas que para mí eran completamente ajenas. Con el tiempo, empecé a trenzar las cosas que me decía. Resultó que tenía algo de sentido.

Caminábamos mucho. Especialmente en la Roma, porque le gustaban esos lugarcitos pretenciosos con café de especialidad. Tal vez también porque a los dos nos quedaba cerca. Cuando le pregunté cuál

era su signo del zodiaco, solo se rio: las constelaciones ya no coinciden con el acomodo de los griegos, me dijo. Y se le encendieron los ojos. Con alguna de aquellas llamaradas en la mirada, me pidió que fuéramos a su departamento. Y no pude decirle que no.

Cogimos lento y nos quedamos en silencio. De pronto se acercaba y, con alguno de los dedos, empezaba a unir los lunares en mis brazos. Tal vez así encontró cuál era la constelación que correspondía con su fecha de nacimiento. Fue la primera de varias. Con el inicio de la primavera, la intensidad cedió.

Y no nos vimos en semanas.

4. El fenómeno astronómico del siglo

Salí de vacaciones en marzo. En todo el tiempo que estuve fuera, me dejó en visto. Después de una semana de silencio, decidí dejar de insistir. Volví a la ciudad y él se fue a España con su familia unos días más tarde. Me enteré por sus historias en Instagram. No logramos coincidir. Y un día, antes de que la luz solar se filtrara por las cortinas del departamento, me llegó un mensaje suyo:

—Te mandé un newsletter que explica todo.

Y sí, eran las 7 de la mañana y en mi bandeja de entrada tenía un correo reenviado sobre los fenómenos astronómicos del mes. El primero de los artículos que venían ligados era exclusivamente sobre dónde ver el fenómeno astronómico del siglo. Lo abrí con cierta desidia, preguntándome a mí misma por qué me importaba ver un eclipse solar. Y lo que es más: por qué tenía que contestarle a un cabrón que se había desaparecido por semanas. Sin mensajes, sin videos en Instagram, sin memes. Nada: como cuando el cielo amanece nublado y no sale el Sol en todo el día.

Honestamente, sigo sin entender por qué leí el artículo completo. Sería el 20 de abril de ese año, y todas las agencias espaciales del planeta lo transmitirían en vivo. Luego me reí. Obviamente, el fenómeno solo se podría ver en unas islas recónditas de Oceanía, en el último rincón del mundo, donde las tribus originarias de Australia habían esperado el evento por milenios. O algo así.

Dieron las cinco de la tarde:

—Hay que ver el fenómeno juntos.

Un mensaje después de horas de silencio.

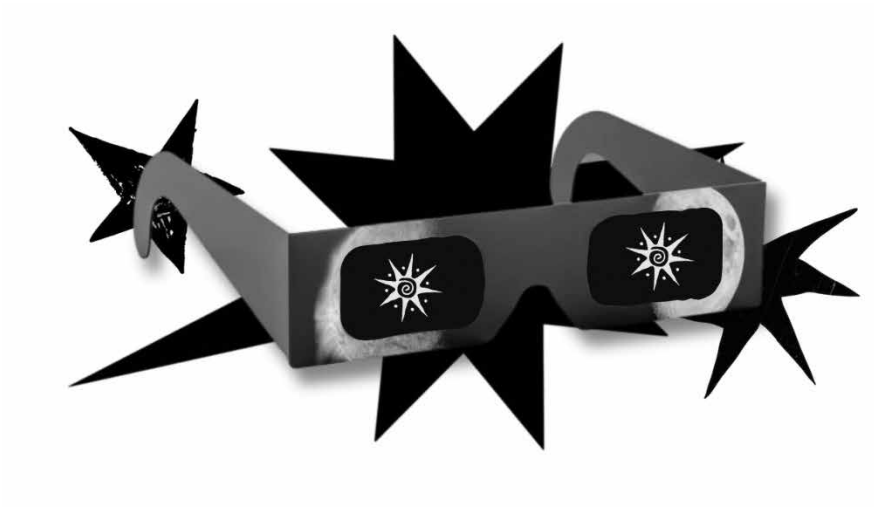
Sigo sin entender por qué no le dije que no.

5. El Sol es irascible

Nos encontramos otra vez el 18 de abril. En Guadalajara 36, porque le gustaba ese cafecito y yo tenía ganas de pan dulce. Hacía calor, porque la primavera es insoportable en la Ciudad de México. No tuve que pedir nada: él ya había ordenado por mí. Me dio el vaso frío y empezamos a caminar, como si no hubieran sido semanas de silencio, como si no nos hubiéramos ignorado a propósito, como si el Sol no fuera a ser eclipsado por la Luna como solo ocurría unas cuántas veces cada siglo.

—Trabajar con el Sol es delicado —me dijo, cuando nos sentamos frente a la Fuente de Cibeles—. Si miras un eclipse solar directamente, sin protección, podrías quemarte las córneas sin remedio.

Se le encendieron los ojos, como dos vórtices cavernosos. Tal vez así eran las manchas solares en realidad. No supe qué contestar, como me pasaba seguido con él. Después de un silencio, sonrió:



Diana Sánchez Trejo

—Lo bueno es que no tendremos que ir hasta Oceanía para verlo.

De una de las bolsas en su chaleco extrajo un par de lentes de papel, con micas oscuras. Me los dio:

—Mínimo, para verlo desde la computadora.

Fuimos a su departamento. El eclipse sería a la misma hora, pero el día siguiente. Pasé al baño. Me di cuenta de que, sobre los hombros, se me marcaban las líneas de los tirantes del brasier, como si me hubiera asoleado mucho.

Ese día me había puesto mangas largas.


BODAI
YOGA
Eleva tu práctica
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.
RESERVA
A través de tu plataforma de preferencia
Fitpass, Gympass, TotalPass
WA: 55 5217 0047
@bodaiyoga



Dos máscaras ocultas,
Irina Tall



Cuando intento ver el tiempo,
Irina Tall



Sin título, Santiago Hoyos



Creadores de la Damiana, Ignacio Navarro



Sin título, Santiago Hoyos



El Fuerte de San Felipe y el Río Sado, en Setúbal, Portugal, Carlos Henrique Batista da Costa

El portero de la generación dorada

Manuel Jorge Carreon Perea

—¿Alguna vez ganaste alguna competencia? —preguntó Aneel.

—Sí, fui tercer lugar en un concurso nacional de historia, en la prepa.

—¡Pero deportiva! Además, un tercer lugar no es ganar, sino ser el segundo mejor perdedor.

—Ah, pues quedé campeón en unos juegos intersalesianos en quinto de prepa. Bueno, no yo, el equipo.

—¿Inter qué?

—Intersalesianos, sorda. Una competencia tipo olimpiadas de los colegios salesianos. Son cada año, en una sede rotativa y te hospedan en casa de otros alumnos.

—Ya. ¿Y en qué deporte?

—Fútbol

—¿Tú, fútbol?

—Sí, ¿por?

—¿Y por qué ya no seguiste jugando? ¿Te chingaste la rodilla como todos los *Godínez*?

—Jajaja, no. Pues no era bueno, pero fue el deporte que me tocó.

—¿Cómo?

—Por error, como dice Bukowski en su libro. Cuando entrabas a la preparatoria te asignaban en uno de los cinco *"clubs"* que había para la clase de deportes: basquetbol, voleibol, animación —en ese momento estaba de moda la película "Triunfos robados" y había un buen de banda que se metió a este "deporte"— atletismo y fútbol. Casi todos los hombres querían entrar a este y solo seleccionaban a algunos. Éramos más de 200 alumnos por generación. El primer año yo no tuve suerte: fui enviado al equipo de atletismo y confieso que no la pasé mal porque fui a varias competencias. La que más recuerdo es una carrera campo traviesa en el Colegio Alemán y quedé entre los primeros. Por cierto, haciendo un paréntesis, nuestro entrenador de atletismo fue suspendido por salir con una alumna. El wey tenía 37 y ella como 16. Antes no fue a prisión por salir con una menor de edad.

—¿Y cómo llegaste al fútbol? —preguntó Aneel, antes de prender un cigarro que me alcanzó para encender otro.

—A eso voy. Al año siguiente pedí mi cambio a fútbol y me lo

dieron. Tal vez por el promedio que teñía. Ya en el club me empecé a llevar bien con el entrenador, un hombre bajito, rechoncho y calvo que era licenciado en educación física. Me contó que además de llevar el club de fútbol, tenía la selección de la preparatoria para los juegos intersalesianos 2003, y que era algo que lo tenía un poco inquieto.

—Pero pues era su chamba, ¿no?

—Ajá, pero había dos temas interesantes de por medio.

—¿Cuáles?

—Desde 1990 la escuela no había ganado la medalla de oro en fútbol varonil. El último equipo que lo logró era toda una leyenda. Había una suerte de maldición: el entrenador del equipo, que era el prefecto de la escuela, había asegurado que nunca se volvería a ganar un trofeo de primer lugar hasta que él volviera a dirigir.



Diana Sánchez Trejo

—¿Y la segunda?

—Ah, la escuela tenía una "generación dorada" de jugadores, unos chicos que habían jugado desde siempre, pero no habían ganado nada. Lo peor es que, si no lo hacían en esos juegos de 2003, nunca pasaría, porque estaban en el último año de la preparatoria. Si entrar al club de fútbol era difícil, tomar parte de la selección se convertía en un sueño guajiro para los externos de su generación.

—¿Y tú cómo te enteraste? ¿A poco si eras bueno? Es más, ¿de qué jugabas?

—De portero… no era tan bueno.

—¿Y qué, no tenía portero esa "generación dorada"?

—Sí, un cabrón al que le decían "El Gusano", un apodo que le pusieron unos albañiles con los que jugaban a la salida de la escuela en un parque que estaba frente.

—¿Y era peor que tú?

—No, la neta es que ese wey se la rifaba. Estaba planeado que él fuera el titular de la selección, pero al pendejo lo suspendieron porque metió "aguas locas" en un termo y lo cachó el prefecto. Se abrió la

posibilidad de ser parte de la selección, yo me llevaba bien con el entrenador, así que me ofreció ser el portero. Me condicionó a entrenar mucho para mejorar, ya que, por ejemplo, algo tan básico como despejar no lo sabía hacer.

—¿Qué es despejar?

—Patear la pelota para que, al menos, cruce el medio campo. Una patada fuerte, pues.

—Ah... ¿Eso es difícil? —dijo Aneel, soltando una carcajada. Yo le dí un trago a mi cerveza.

—Fue una chinga porque entrenábamos todos los días entre semana en unas canchas propiedad de la escuela, en la calle de *Cañitas*.

—¿La de la historia de terror?

—Andas, justo al lado de la casa de Carlos Trejo.

—Ja, ja, ja, ¿y lo viste alguna vez?

—¿Al Carlos Trejo? Nah, pero si quieres vamos un día, te dan un tour. Obvio tienes que pagar. Incluso mi cuate Alex Nava lo conoce, podría presentárnoslo. Pero bueno, íbamos diario a entrenar. Mi rutina era ir a la escuela, practicar y después irme al restaurante de mi mamá para ayudarla a cerrar y así. Como a las 8:30 de la noche me ponía a estudiar.

—Qué pesado, ¿no?

—Totalmente. Un mes antes de que iniciaran los intersalesianos, el entrenador dio la lista de los veintitrés jugadores, diecinueve eran de la "generación dorada", tres de quinto de prepa, y uno más, Unai, que iba en cuarto. Los tres de quinto éramos Omar López Cámara, yo y otro amigo que apodaban el Jaguar, quien entró porque se ofreció como portero suplente aunque era contención, misma posición que el capitán del equipo. Ese día, al irse el entrenador, los chicos nos dieron un discurso a los "novatos", para después arrojarnos huevos y harina. Fue nuestra novatada, esa práctica tan gringa que en México nos hemos esforzado por adoptar, algunas veces con resultados trágicos.

—¿Y qué hiciste?

—Pues nada, sentirme feliz por ser parte del grupo. Lo culero estuvo en el regreso a casa, ya que me iba en metro, pero ese día llegué a pie al restaurante de mi mamá, quien se rió de mi aspecto.

Las cuatro semanas siguientes fueron más de lo mismo: entrenar, ayudar a mi mamá y estudiar. Siete días antes de que viajáramos a Morelia, mi papá me regaló unos tacos marca *Lotto* color plateado con rojo. No sé qué había pasado con ellos, seguro los perdí en una mudanza, aunque creo que el mejor final hubiera sido colgarlos en unos

cables de luz y contribuir así al decorado urbano de la ciudad.

—Pero como portero, más que los tacos, lo que importa son los guantes, ¿no?

—Ajá, pero tenía unos muy buenos marca *Voit,* como los que usaba Cristante.

—¿Quién?

—Uno que fue portero del Toluca.

—¿Le vas al Toluca? Pensé que a los Pumas.

—A ninguno de esos. Soy tuzo.

—Ok, no sé qué significa eso, pero supongo que bien por ti. ¿Y luego?

—Las competencias iniciaban el jueves, pero la inauguración era el miércoles por la tarde-noche, por lo que teníamos que estar presentes desde ese día. Aunque el viaje fue pesado, también es cierto que estuvo divertido. Algunos platicábamos y jugábamos cartas; otros dormían y unos cuantos organizaban porras y cánticos intercalados con letras de canciones populares de esos momentos.

—¿Neta? ¿Cómo cuáles?

—No, qué pinche pena.

—Anda, dime. Te juro que no me burlo.

—Hay una que se llama "Golosa", otra que era o decía "Yo soy tu maestro y Frijolero". Música basura, pero aun así mejor que Peso Pluma o lo que se escucha hoy. Esa noche no dormí. Nuestro primer juego fue contra el combinado de Huichapan, al que le ganamos por apenas un gol: 3-2 fue el marcador global.

—No manches, ¿Huichapan? ¿Dónde queda eso? ¿Existe?

—Al norte de Hidalgo.

—¿Y cómo sabes?

—Soy de allá.

—No sabía…

—Sí, por eso le voy al Pachuca.

—¿Si naces en un lugar debes irle al equipo de ese lugar?

—Pues no, pero…

—Es tipo como "nací en la alcaldía Benito Juárez, debo tener como ídolo a Benito Juárez". El caso es que les ganamos. Cinco horas después llegamos super confiados al segundo partido y pagamos la soberbia con una derrota de 0-2 que nadie había presupuestado ante Querétaro.

—¿Cómo que presupuestado?

—Sí, es que se me fue decirte cómo era el formato del torneo: dos grupos con cinco equipos cada uno. A semifinales pasaban los dos

primeros, y después la final. Entonces, en nuestro pronóstico, nosotros ganábamos los tres primeros juegos y el último podíamos empatar o perder. Además era contra el rival acérrimo de la escuela al ser el colegio de los ricos y nosotros el del barrio popular. Perder un juego nos dejaba en las cuerdas a punto del K.O. El entrenador nos reunió y nos dio una plática, larga y reflexiva, aunque lo más apropiado hubiera sido un regaño por lo mal que jugamos. Eso sí, nos advirtió que habría cambios en la alineación para el equipo del *Civilización y Cultura* (otro equipo de la Ciudad de México), dándoles minutos a los suplentes. Ahora creo que lo hizo para descansar a los titulares porque jugábamos con el equipo más débil de todo el torneo. Ese día ganamos 5-0 y no me metieron ni un solo gol.

—Órale.

—A las cinco de la tarde nos tocaba jugar el último partido de la fase de grupos y ya sabíamos que el pase no dependía de nosotros. Teníamos 6 puntos producto de dos victorias y una derrota. Ocho goles a favor y solo cuatro goles en contra. La neta no estábamos mal, pero nuestro rival, el Don Bosco, tenía también 6 puntos, pero con una diferencia de 5 goles. Es decir, un empate los clasificaba a ellos como segundos del grupo y a nosotros nos mandaban a casa. El partido se jugó en la cancha principal y se llenó de espectadores. El morbo era grande, muy grande.

—¿Pues cuánta gente era?

—Unas 250 personas, en realidad no era tanta, pero la juventud tiene la ventaja de maximizar las cosas, de darle a lo cotidiano el barniz de lo extraordinario. Comenzamos ganando el partido con un gol a balón parado, un tiro de esquina que cabeceó nuestro 9 a pesar de la marca que la hacían dos defensas muy altos, al menos para el promedio nacional. Diez minutos antes del medio tiempo nos empataron en una mala salida del defensa que hizo caer en fuera de juego al delantero rival. En el medio tiempo hablamos poco, la concentración era alta y teníamos todo un tiempo para meter otro gol. A pesar de que el marcador nos jugaba en contra, había tranquilidad. A los dos o tres minutos de iniciado el tiempo complementario, metimos nuestro gol a partir de una jugada de 20 o más toques. Vivíamos el júbilo absoluto, pero no sabíamos que se venían momentos de amargura y dulzura. Cinco minutos antes de que el partido terminara, el capitán Anselmo Pulido cometió una falta estúpida fuera del área grande. Su 10 cobró el tiro, un "trallazo" directo al ángulo superior derecho *donde las arañ*as tejen su nido, como diría el "Perro Bermúdez", el anotador, cegado por el júbilo de hacernos ese

gol, se fue a festejar a nuestra porra, lo que causó un conato de bronca. Comenzamos a empujarnos e insultarnos con groserías, groserías feas. Lo increíble fue que nadie salió expulsado y es muy probable que fuera por la segunda razón, porque tampoco se soltó un puñetazo o una patada.

Una forma, no la mejor, por cierto, de explicar la disposición afectiva de la que habla Heidegger en *Ser y Tiempo*, es con este ejemplo: cuando vas ganando un partido, el tiempo parece ir más lento, como si los relojes con segundos, se descompusieran. Cuando vas perdiendo pasa justo lo contrario: los minutos parecen tener esteroides. Así sentimos esa última parte del juego, el cual no transcurrió como se esperaría en dicha situación: el equipo Don Bosco no se echó para atrás, sino al ataque. Era un matar o morir y ellos lo sabían tan bien como nosotros. Pases imprecisos, barridas arteras y gritos de desesperación silenciaban a las porras de los dos equipos. Nosotros nos dábamos por eliminados y algunos compañeros en la banca lloraban y rezaban hincados. Entendí que para ellos valía muchísimo. A mí no me daba igual, pues no sentía tanto fanatismo en ese momento y me quedaba una oportunidad más para ganar el torneo.

—El partido ya se había hecho muy viejo y los 90 minutos del deporte más hermoso del mundo —dixit— agonizaban, y en el último ataque del Don Bosco, Erick recuperó el balón y lo despejó al otro lado, Gabriel, el Gaby, corrió tras ese balón que botaba muchísimo, llegando hasta el área grande de los rivales, perseguido por un defensa y ante la salida precipitada del portero rival. Cuando la pelota estaba dejando de botar, Gaby alcanzó a puntearla y… entró pegada al poste izquierdo. Para que te des más idea, y como casi todas las jugadas que se hacen en los campos amateur, tienen un símil con una que sucedió en competencias oficiales, fue como el gol del "Matador" Hernández vs. Holanda en el Mundial de Francia 1998. ¿Quieres que te lo muestre? Está en YouTube.

—No. Al rato, en casa ¿Y luego?

—Nuestra banca se desbordó de alegría y el árbitro dio por terminado el juego en ese momento, con el temor de que no hubiera más incidentes o una pelea por lo que había ocurrido momentos antes. Así pasábamos a semis. Estábamos felices, pero no pudimos festejarlos hasta dos horas después, porque hubo una reunión entre directores diciendo que por la pelea nos descalificarían, lo cual no sucedió. Algo que tengo muy presente es que nos contaron que el entrenador del otro equipo, un

joven alto y espigado que nuestro técnico decía que quería emular a Menotti, no regañó a ningún jugador de su equipo, felicitándolos o dándoles mensajes para mejorar, menos al portero, al que le dijo que por su culpa habían perdido el juego.

—¿Neta? Que mala onda.

—Pues sí, quien sabe cómo habrá impactado eso en su vida posterior, espero que no para mal. El sábado jugamos el partido semifinal contra el equipo anfitrión, Morelia, y aunque fue un partido cerrado que ganamos por 1-0, no lo tengo tan presente como ese 3-2 sobre el Don Bosco. El partido final fue un paseo dominical: 5-0 en contra del equipo de Tehuacán, Puebla. Poco o nada puedo decir, ya que las finales con tantos goles no se disfrutan tanto. ¿Te cuento que es lo más curioso?

—¿Qué? —contestó.

—Han pasado 21 años y el Colegio, aunque jugaron dos finales, no ha vuelto a ganar el oro en fútbol varonil. Creo que somos más épicos que ese equipo de los noventas.

—Oye, super bien, qué padre. Entonces, ¿en semifinales y finales no te metieron ningún gol, no? ¿Cuántos te metieron en total?

—Ninguno.

—¿Cómo que ninguno? ¿No dijiste que en varios juegos les metieron dos goles?

—Ah, es que yo solo jugué contra el *Civilización y Cultura,* el segundo día. Al final terminé siendo el portero suplente y solo me metieron en ese partido.



Ar'hak Vhar

Alejandro Avila

Fue aquella la noche, para nuestro placer y morbo, en la que un joven Fiore Caetani de la ciudad de Palermo, muchísimo tiempo antes de ser reconocido por sus obras de género extravagante, cayó en los acogedores brazos de un profundo sueño del que despertó a la mañana siguiente completamente aterrado. En él había visto cosas que poco después se dispuso a compartir en forma de historias y poemas, que tras su supuesta muerte vieron apenas la luz del sol. Sus textos dejados a la posteridad fueron considerados por muchos escritores italianos como relatos extraordinarios ricos en fantasía, sin saber ellos que aquellos eran, en realidad, testimonios del mismísimo Fiore, que a través de sus palabras describía los horrores que provenientes de entre los abismos que las estrellas nos aguardaban.

Pobre de él que esa noche fue una de las desdichadas víctimas de la espectral Ithameev, quién tomó su mente y se la llevó a un lugar fuera de este mundo mientras dormía; un punto medio entre la vigilia y la realidad, ubicado, aún hoy, en el negro rostro oculto a espaldas de la luna; el siniestro palacio de una deidad ancestral infinitamente más terrible que la propia Ithameev. Aquel lugar fue, es y será conocido por antiguas y futuras civilizaciones a lo largo y ancho del universo como Ar'hak Vhar, un sitio en el que nadie nunca quisiera estar jamás.

Los paisajes idílicos y las cosas recurrentes que en sus sueños aparecían al llegar se esfumaron sin más. Fiore despertó dentro de su propio sueño, de pie, en un espacio completamente negro, donde desde algún lado una inexistente y etérea luz blanca parecía estarlo iluminando. Estaba a las afueras del palacio. No comprendía qué era lo que sucedía, pero al cabo de un rato comenzó a presentir que algo andaba mal. A la lejanía escuchaba un lúgubre canto que llamó poderosamente su atención, y poco a poco, más consciente de que aquello no era un sueño normal, comenzó a dirigirse hacia él a través de la vasta oscuridad, acompañado únicamente de la creciente incomodidad que escucharlo le provocaba. Fueron muchas las voces que pudo distinguir, por lo que supuso que, si encontraba a las personas que lo entonaban, algo descubriría. Caminó y caminó, hasta que de pronto se topó de golpe con un muro que había surgido de entre la negra bruma; sus tantos e iridiscentes colores hacían que pareciera ser un inmenso y opaco espejo

que se extendía a todos lados sin un fin aparente. Levantó su mano, curioso, y pudo ver entonces el borroso reflejo de la misma sobre la pared.

Su oído lentamente se vio dirigido hacia un segundo sonido que gradualmente se hacía más intenso, apartando de poco en poco el que producía aquel canto: unos pasos, que si bien no parecían acercarse, sí que retumbaban muy cerca de él; eran de algo descomunal. Se dio la vuelta, alarmado, intentando descifrar en el negro todo lo que sea que estuviese provocando aquel ruido, aunque le era imposible ver más allá de sus propios ojos. Los gigantescos pasos se alejaron lo suficiente como para que el miedo de Fiore cesara un poco; giró para ver de vuelta al muro y tras de él, en el reflejo, vio por un breve instante como una enorme figura indescifrable se le acercaba rápidamente. Un desgarrador grito escuchó; por todos lados un sinfín de otros espantosos quejidos sonaron cual bizarra orquesta por consecuencia. El hombre, horrorizado, se dio la vuelta y de inmediato comenzó a correr hacia donde erróneamente creía que estaría a salvo. Sintió cómo un gran estruendo hizo que todo temblara; aquella cosa se había estampado contra el muro tratando de atraparlo. Corrió y corrió; de nuevo escuchaba los enormes pasos cerca de él, por lo que intentó evadirlos en una suerte de zigzag, sin saber que las cosas que los provocaban en realidad se alejaban; estaban huyendo… al igual que él. Sabía que no podía dejar de correr; sentía que si se detenía tan solo por un segundo aquello lo atraparía. Un segundo grito hubo, muchísimo más cerca, pero esta vez no se vio seguido por ningún otro. Fiore, quien ante semejante ruido al suelo había caído, se encontraba solo con esa cosa. Su respiración estaba agitada y nuevamente lo único que podía escuchar, salvo la misma, era aquel tétrico y lejano canto. Para él ya era muy tarde. De entre la oscuridad eso lentamente emergió: una inmensa mano, pálida y pútrida, lo suficientemente grande como para tomarlo del abdomen y llevárselo; esta se abrió, y pudo ver entonces frente él un hoyo en la palma de la misma que comenzó a titilar. Cayó desmayado.

Pasaron los minutos, horas, quizás, y Fiore apenas sus ojos pudo abrir. Estaba desorientado, pero no tanto como para no haberse percatado al instante de que ya no estaba más en aquel infinito y negro lugar. Su cuerpo yacía sobre el suelo, en el centro de lo que a sus ojos era un extraño vestíbulo cuya arquitectura le parecía imposible, avanzada para la humanidad de su época, pero que a su vez le parecía increíblemente antigua. Se puso de pie, miró hacia arriba y pudo ver cubos, esferas y otras tantas figuras que no comprendía flotando por todos lados; todas de aquel reflectante color opaco. A su alrededor había una cantidad considerable de

amplios pasillos, que creía él que muy probablemente lo llevarían a algún lugar al que preferiría no haber llegado; atrás solo un muro; y al frente, al fondo del inmenso pasillo que se extendía, una enorme puerta, de la cual salía un sonido que ya entonces le era bastante familiar: el canto.

Con cada paso que daba más se convencía a sí mismo de que ir en aquella dirección era por mucho un error. Lo poco que había experimentado estando en lo que pronto se enteraría de que era Ar'hak Vhar no le auguraba que tras abrir las enormes puertas ocurriría algo bueno; y dicho y hecho, una vez que al fondo llegó y las puertas empujó, la vio: ella lo estaba esperando.



Diana Sánchez Trejo

Era inmensa, pero delgada. Portaba un blanco y desgastado vestido que arrastraba por el suelo tras de sí. Su rostro carecía de nariz; únicamente tenía dos fosas. Sus dientes eran afilados y su boca extensa; las comisuras de la misma parecían estar formadas de largas estrías que daban la impresión de que su mandíbula se estuviera desprendiendo del resto de su cabeza. Su cabello era negro y largo; sus ojos estaban cubiertos por una tela que muy probablemente alguna vez formó parte de su vestido; su piel era gris; sus manos eran grandes, y en la palma de una de ellas un agujero, del que esta vez emanaba una intensa luz blanca frente a los ojos de Fiore, los cuales pronto empezaron a brillar. Era Ithameev.

La boca del hombre se abrió, y casi como si siempre lo hubiera conocido, comenzó a entonar aquel canto que en esa enorme sala miles de seres en contra de su voluntad entonaban; los ojos de todos brillaban. Ithameev giró y comenzó a moverse entre la infinita multitud, y mientras Fiore tenía visiones de cosas que no comprendía en lo más mínimo, su cuerpo la seguía como una polilla al fuego. Vio en un instante miles de eventos que en ese momento ocurrían, así como también los que ya habían pasado y los que pronto estaban por suceder. Fue espectador de la historia

de un ser que hacía muchísimo tiempo había descendido a Egipto por error; observó criaturas y lugares de todo el universo que nadie nunca jamás creería reales por lo mórbidas que eran; se vio a sí mismo, acostado sobre su cama, quien dormido parecía haber reaccionado tras verse en un no sueño, tumbando por accidente un tintero que al lado de su cama se encontraba. Tantas fueron las cosas que vio.

Ithameev se detuvo, y el pobre hombre que la seguía lo hizo de igual manera. Cayó de rodillas al suelo; por dentro imploraba a todas las fuerzas del universo que lo que le estaba ocurriendo terminara lo antes posible. Aquellas visiones; aquel canto; todo lo estaba haciendo caer al instante en la locura. La inmensa mujer se alejó y frente a él vio por un solo segundo, pero de manera clara, a aquel temible ser al que todos le cantaban, quien hacía evos había tomado a Ithameev como su prisionera; era tan espantoso que de haberse podido mover en ese momento, habría optado por quitarse la vida sin dudar. Su nombre era Yv'oht.

Ithameev deambuló casi cuál desfile por la nefasta muchedumbre de seres que a Fiore lo rodeaban. Uno por uno, de manera aleatoria, se les acercaba, ponía su inmensa mano sobre sus rostros, y luego de dejar salir un grito agónico que parecía hacer pedazos por dentro sus gargantas, ellos desaparecían sin más. El miedo taladraba del hombre cada vez más, pero este llegó a su punto máximo al darse cuenta de que la enorme entidad estaba yendo hacia él.

El sol salió en Palermo; Fiore despertó de golpe siendo más horror que humano. Miró al suelo, y vio entonces el tintero que en aquellas visiones se vio tirando. Su rostro se desfiguró en la más terrible de las perturbaciones al darse cuenta de que todo había sido real.

Desde esa noche, para desgracia de Fiore, el hombre temía cuando la luna salía; tenía miedo de dormir y ser llevado nuevamente a Ar'hak Vhar; temía ver, pues, de nuevo, todo eso que en estas páginas no se dijo.

Hiperosmia

Simona Galdina

A pan recién horneado, más bien al momento justo antes de que la corteza se amacice, a eso huele el amor.

Lo he llegado a pensar como la evidencia definitiva de la existencia de Dios; tan solo una entidad omnisciente podría comprender y darle sentido a esta interconexión divina, es la única manera en la que podía ser, es así como debía ser. Y ellos solían oler a eso.

El aroma del café me envenenaba de rubor, un olor a placer del que no me podía resistir, y el mejor café era el de "El refugio de la briza", la cafetería de Lucas.

—Florentina, ya me llegó el café tabasqueño del que te hablé —dijo apenas entrar, tan soso y sonriente como el rostro de un infante al ver a su mamá llegar.

—¿Será que me puedas hacer un mediano de esa delicia? —pregunté ya sabiendo la respuesta, pues él era de esos jóvenes que parecieran ser mandados por la mismísima caridad, de los que no saben decir que no, esos que no matan ni una mosca.

Lucas era un alma noble, enclenque de huesos, pero fornido del corazón: un niño sumergido en la vida de un adulto. Su abuela, doña Guillermina Pascual para los desconocidos y doña Mina para la colonia, una señora morena, corpulenta, ancha de hombros, de cara grande y buena para la cocina, muy buena, se encargó de Lucas después de que sus padres lo abandonaran en aquel lejano día de lluvia en que, por razones que solo el destino amerita, sus caminos se revolvieron. Doña Mina nunca dejó que le dijera mamá, pues solía creer que el rol de madre le quedaría muy grande. Ella le enseñó todo sobre el café: a distinguir los sabores de las diferentes tonalidades que los granos podían adquirir dependiendo de su tostado; a cómo el perfume de esta bebida se difuminaba de maneras desemejantes en el aire, variando entre los distintos tamaños del granulado; a cuál es el ritmo perfecto que el agua, a punto de hervir, debía danzar para proporcionar tal o cual extracto, desde un americano hasta un estilo francés, pasando por todas las otras nacionalidades entre estas. Lucas abrió "El refugio de la briza" apenas su abuela, doña Mina, falleció. Fue cuestión de tiempo para que los rumores del café de aquel lugar llegasen a oídos de las colonias aledañas, y así se convirtiera en un mito viviente.

Aquel café tabasqueño parecía un delito beberlo a vista de todos; cada sorbo, una descarga de éxtasis, besaba mis marchitos labios, acariciaba mi lengua y paladar, coqueteando con mis molares para desembocar virtuoso y con gracia por mi garganta. Nada me habría podido sacar de ese trance más que aquel aroma tan puro y solemne: el aroma del amor.

Larisa fue la hija más pequeña de don Tiburcio y doña Petronila, la menor de ocho hijas y la más bella de estas. Tan pronto cumplió los quince años, ya era sabida como la muchacha más linda que jamás se hubiera visto en la colonia. La belleza de Larisa era tan fenomenal que se llegó a decir que don Tiburcio y doña Petronila la habían robado a una pareja de señores ricos a los que doña Petronila les limpiaba la casa. <<Mula es la gente, por eso puras mulas feas les salen de chilpayates>> solía decir don Tiburcio cuando por ahí se le colaba el rumor. No fue hasta que cumplió los dieciocho que se le vieron los rasgos de la mamá al estar cargada con un par de chamacas de un tal Juan Pedraza, hijo del jefe judicial Pedraza, un puerco de primera que te dejaba ir un gatillazo si lo encontrabas en uno de sus tan recurrentes arranques de cólera.

Esa tarde, ella apareció en la puerta con su carriola doble, como una santísima trinidad andante iluminada por nada más que la belleza de Larisa. Se acercó lentamente con su particular andar; evitó la mirada de Lucas, ignorando su sonrisa con la excusa de atender de manera innecesaria a las gemelas. Fue ahí cuando ese pan a punto de hacerse soltó su hedor.



Juan Pablo Mena

Él fue el mejor disimulador; ella prefirió la carta de la indiferencia, pero ese aroma es imposible de confundir. Es algo que no se puede ocultar como

el olor del sudor con algún menjurje casero o farmacéutico; esto era algo incontenible, era amor.

Mis visitas a "El refugio de la briza" se hicieron más frecuentes exponencialmente. Ya no solo era por el placer bruto del café, o por el elixir tabasqueño; ahora también lo era por el aroma a pan de esos dos. Los próximos días fueron un cambio de aromas en un espectro superfluo cuya única constante era la propia inconsistencia. Al principio, era tan abrazador el aroma que agotaba; después fue un aroma tan casual en la cafetería que se llegaba a confundir con las demás esencias presentes. Pero fue un fin de mes, el último día que percibiría ese olor, cuando, como de rutina, ella, ignorándolo, le dejó un sobre amarillo por encima del mostrador y se fue. Él lo abrió con cautela, dando variados vistazos a su alrededor, cuidándose de que nadie hubiera presenciado lo acontecido. Entonces, el aroma cedió; se disipó de tajo, como si un vendaval imperceptible lo hubiera arrasado sin dejar rastro alguno de su existencia.

Jamás volví a oler un amor como el de esos dos. Tal vez una mezcolanza en alguna panadería de un pequeño pueblo de la mixteca poblana, pero nada tan abrumador como esas veces, ni tampoco volví a probar un café tan bueno como el de aquellos granos tabasqueños, pues fue tan solo una semana después del sobre amarillo que aquel mito viviente del excepcional café de "El refugio de la briza" fuera simplificado a un simple mito por un amor prohibido y unas venas trinchadas que desbordaron la vida de aquel joven barista.

Este, que no es el palacio de Juno Moneta

Juan Pablo Jaime Nieto

Mauro Arvina sujetaba la moneda restante y gibosa de plata que Marcos Falaneo le había obsequiado. Desconcertado, se preguntaba cómo había falsificado ese tercio sin haber sido descubierto. Cuando se encontraron en la colina de los sabinos, Falaneo preguntó con interés a Arvina: "Y entonces, ¿gastaste las monedas?". Arvina lo miró nervioso increpándolo con una palabra: "criminal". Falaneo carcajeo porque además de ser más alto y robusto que Mauro Arvina, era un hombre inteligente que inmediatamente concluyó que las monedas habían sido gastadas. "¿Cómo sabes que las he gastado?". "Porque si te pidiera que me las devuelvas no podrías. No las posees más. Por si fuera poco, llevas cálceos nuevos, y hace una semana te quejabas de los viejos". El gesto de Mauro Arvina fue el de una persona descubierta en sus palabras. "Primero compré una fanega de trigo. Cuando advertí que las monedas eran recibidas, me atreví a comprar los cálceos. Los necesitaba". "No te culpo, Arvina. Todos tenemos necesidades. La plata vale igual con la imagen de Didio que con la mía. Cualquier comerciante está dispuesto a recibirla". Aun así, Mauro Arvina seguía preguntándose por qué falsificaba las monedas y por qué lo había involucrado en lo que hacía.

Arvina extendió su mano presentando la última moneda a Marcos Falaneo que la miró con sarcasmo. "¿Quieres más?". "¡Lo único que quiero es no ser ejecutado! ¿Por qué me compartiste tu secreto?". "Porque no llevas nada para tus gastos nunca, Arvina. He falsificado las monedas porque quiero ayudarte. Acéptalo". "Pero eso solo me condena. No quiero tu ayuda". "¿Y por qué no me denunciaste si soy un criminal?". "Porque yo sería interrogado también". "Comprendo. Odias los tribunales. No soportarías poner un píe en ellos". Arvina trataba de esconder sus reacciones que seguían siendo las de una persona que ha sido atrapada. Al fin, Marcos Falaneo tomó la moneda con tranquilidad mientras Mauro Arvina decía con los ojos cerrados. "No quiero que me hables de tu secreto si no es por completo. ¿Cómo lo haces? ¿Dónde lo haces?". "Desde luego te lo diré. Sé que no vas a denunciarme". "¿Lo sabes en verdad? ¿Tanto sabes de mí?". "… sé que morirás viejo porque nadie va a ejecutarte", y por muy ligero que eso fuera dicho, a Arvina le complació escucharlo.

Después del posmeridiano caminaron por la colina Viminal hacia la colina del Capitolio, que no se encontraba distante. Tras hablar de la familia, el teatro y las ratas que invadían la casa de Delia, prometida de Mauro Arvina, llegaron al templo de Juno Moneta que se alzaba por encima de una serie de construcciones más pequeñas que la rodeaban de forma asimétrica; justo debajo, en una choza vecina, en un pequeño taller cuidado por soldados se acuñaba el dinero del imperio. Señalando la construcción, Falaneo dijo con aire maduro "De aquí salen las monedas oficiales, Arvina. ¿Lo sabías?". Este recordó que solo había caminado por ahí en un par de ocasiones y que ese taller le era insignificante como tantas otras cosas que desconocía en la ciudad, pero sabía que Moneta era llamada así porque había advertido a los romanos de las catástrofes. En ese entonces era conocida como la salvadora porque instruía sobre el futuro. "¡Ea! ¡Trabajas aquí y te has aprovechado de las herramientas!" Falaneo movió la cabeza negándolo, tapando su labio superior con el inferior. "No, Arvina. Solo quise mostrarte el taller, pero te he traído aquí porque si quieres conocer por entero mi secreto tendrás que rendir un tributo a Juno Moneta", pero ninguno de los dos hizo ritual alguno, miraron el interior oscuro y sonoro del templo sin mayores aspavientos y siguieron el camino a casa de Falaneo, nada lejos de aquella colina.

La vivienda, decorada con la acostumbrada fuente cuadrangular en la entrada, era bastante calurosa. No era muy amplia, pero, además del huerto, se extendía a otras tres habitaciones: el vestíbulo y la cocina, así como una habitación soterrada al fondo de la residencia; el lugar donde falsificaba las monedas. Antes de llevarlo ahí, Marcos Falaneo ofreció un refrigerio a Arvina de queso, aceitunas, pan, aceite y un poco de vino tosco. Todo fue devorado con sutileza porque Arvina no había llevado nada a su estómago desde la noche anterior. Falaneo lavó su cara y las manos esperando a que Arvina terminara. "¿Estás listo?" Mauro Arvina eructó asintiendo con la cabeza.

Falaneo preparó una lucerna e invitó a Arvina a aquella habitación hundida. Desde la entrada se respiraba un aroma a metal y polvo del que estaba impregnado. El fuego de la lucerna, sumada con la poca luz del sol que entraba, era suficiente para percibir las herramientas de Falaneo: una mesa bastante rústica, un mazo, cinceles y un banco elevado. "La hornilla está afuera; en ella fundo la plata y el cobre. Aquí no es lugar para hacer humo. Luego traigo los metales e imitó los sellos. Mis hijas y mi esposa odian este lugar, por eso no saben lo que hago". "¿Tienes monedas hechas ahora?" Falaneo sonrió complacido, limpio del rostro,

diciendo que no había monedas por el momento "Dame tiempo y te obsequiaré algunas". Envolviéndose con su capa descolorida, Mauro Arvina dio media vuelta negándose a recibir más dinero falso, no sin dejar de preguntar "Si no tienes dinero ahora, ¿cuándo…?" "Cuando sepa que no hay peligro". Arvina volteó de regreso hacía él achicando las cejas en señal de duda. "¿Peligro?" "Sí. Necesito advertencia". "¡Ah! Moneta". "Creo que sí". "¿Y qué tributo le haces?" Falaneo dio un fuerte respiro sin responder, pidiendo a Arvina que salieran del taller improvisado.

En el vestíbulo, encima de una cómoda, reposaba un cubo grueso de acero magníficamente pulido de color grafito al que Falaneo miraba con seriedad. Frente a esta, Falaneo comenzó a explicar: "Esta placa la acepté de una anciana que dijo ser sacerdotisa de Juno. Caminaba cerca del templo que te he mostrado, un martes caluroso de Fordicida. La mujer se acercó llamándome para acudir con ella a una de las columnas; ahí tenía la placa sobre el piso sin que nadie más le diera importancia. 'Recógela —me dijo—, observa lo que te muestra y quizá los tuyos alcancen la fortuna y protección que lleva'. Como verás no es un cofre, ni es oro. ¿Por qué motivo me la entregó? Lo desconozco, pero me dijo que si quería comprender debía tocarla una vez al día durante un año. Después regresó al interior del templo sin dejarme responderle una sola palabra. Admito que, si traje la placa conmigo, fue solo por su extraño brillo sin conocer su poder entonces… Al principio no hice caso. Pensé que la locura se había apoderado de la mujer, pero el hambre despiadada de esos días me hizo creer que algo ocurriría si hacía lo que dijo; además, recordando su facha, la anciana usaba telas finas y cubría su cabello con un paño muy blanco. ¿Dudarías de alguien así? Sabiendo, entonces, que la placa no era de valor alguno, hice lo que me recomendó sin creer jamás que pudiera tener la constancia de tocarla un año. Día tras día, antes de salir de casa o al llegar; antes de dormir o al despertar. No soy supersticioso ni religioso, pero así lo hice hasta que…" "¿Hasta que qué?" "Hasta que, cumplido el año, mientras la tocaba tuve una visión muy real, una advertencia acompañada de un fugaz resplandor blanco que brotó de la placa: vi a mis hijas y a sus hijos, mis nietos y yo, sentado al lado de Verónica, disfrutando nuestra unión aun en la vejez. ¿Acaso eso no es presagio de que todo estará bien? Cuando esa visión terminó, me sentí débil, mareado. Me repuse, pero un temor rodeó mi corazón haciéndome sudar por largo rato. Entonces quise deshacerme de la placa, pero la sensación de

aquella experiencia había sido más agradable que la resaca y el temor posteriores. Por eso la conservé. Tenía que comprender, como había dicho la anciana, y continué repitiendo los tactos mientras brotaba ese misterioso resplandor de la placa haciéndome ver cosas que no me incumbían por su medida o su influencia. No eran asuntos míos o de Verónica o de las hijas; eran guerras, generales, otros mundos, luces fabricadas por los hombres, bosques arrasados, flotas, ciudades que nacían o morían, fuegos, terremotos; pero al final de toda visión una voz terminaba por decir 'Estarás bien', deteniendo los eventos que *ocurrían frente a mí.* Aun así, solo me interesaba ver a los míos, y entonces apareciste tú, Arvina, tan joven y frágil por tu pobreza, lleno de ansia por tener un gozo verdadero que no fuera volver a casa de Delia a soportar las ratas en silencio.

Supe entonces que debía hacer algo por ti, porque nuestras tiernas madres fueron hermanas. Pero, ¡Oh Neptuno! ¡Mil denarios que prometo no poseo! y, tratando de encontrar la manera de favorecerte, tuve una intuición en una de las advertencias, porque vino a mí la imagen de una moneda perfectamente redonda, con el perfil de un emperador galo que algún día ha de llegar recamado de botones. Fue entonces cuando descubrí qué hacer."

Arvina lo miraba intrigado. Sabía que lo dicho por Falaneo era mentira, pero lo narraba tan apasionadamente que no quería estropear su entusiasmo interrumpiéndolo.

"Una semana después, conseguí lo necesario para hacer algunas monedas, pero con el rostro de la misma Juno, porque su voz trinaba en mi cabeza cuando acudía a la placa: 'Estarás bien'. Dos jornadas adelante había acuñado ya trece denarios, que nada envidiaban de los oficiales, y que debía gastar sin temor porque esa voz me había dado confianza, pero no podía tomar riesgos, ni esperar a que tú los tomarás por algo pudiera ser una confusión en mi mente. Tal vez todo era una ilusión, pero había llegado el momento de saber cuánta locura había de por medio. Salí a gastar las monedas y nadie notó diferencias porque no las había, porque tengo un talento artesanal que nunca consideré, porque esa era la protección que Juno nos daría, como había dicho la anciana sacerdotisa… Entonces decidí darte el nuevo conjunto de monedas, y compraste nuevas calzas, pero ahora quieres devolverme lo restante".

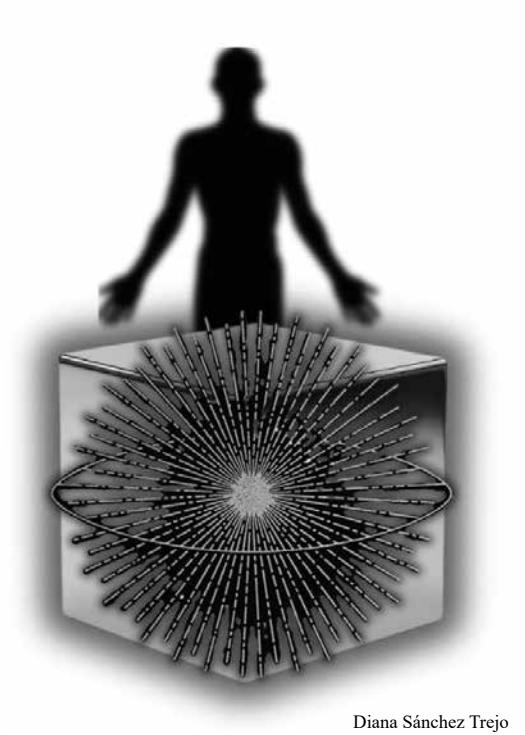
Arvina tomó otra pieza de pan y un poco de vino. Haciendo migajas con la última ración en su mano, reprochó a Falaneo su aparatosa

historia "No puedo valer tu proceder, Marcos, y tampoco puedo darte crédito. ¿Quién podría? ¿Puedes hacer una prueba para demostrarlo? Toca la placa y haz que aparezca el resplandor plateado". Falaneo movió las manos en señal de duda. "¿Dime, al menos serías capaz de reconocer a la anciana dentro del templo que responda a tu cuento?" "Si es que aún vive, Arvina". "Tú lo has dicho, si vive aún… Además, ¿a qué te refieres con guerras, generales, luces hechas por los hombres y ciudades que nacen y mueren? No entiendo". "Tampoco yo, pero creo que Juno quiere que sepamos que Roma no vivirá para siempre, que hay mucho futuro por delante, y cuando Roma caiga no tendrá importancia que haya falsificado una moneda de Aureliano o Pío. El destino es raro, Arvina, a veces nos envuelve y a veces no. A mí llegan visiones muy fatales mientras espero saber de los míos solamente, y entre todas las que aparecen no he podido encontrar unidad para ellas, pero sé que vendrán porque Moneta lo dice, solo que no me interesan, únicamente los míos, y tú eres uno de ellos… Me preguntas si tengo monedas ahora, y te he dicho que no, pero tengo una, la única de oro que he realizado y que realizaré, porque no es fácil conseguirlo…". Marcos Falaneo se levantó, fue a su habitación dejando a Arvina en el vestíbulo. Pronto regresó empuñando una moneda que mostró a su primo "Mira esto". "¿Napoleonus?" "El emperador galo. No pude hacer la moneda perfectamente redonda, pero esta es la efigie que me trajo la inspiración. Tómala. Te daré una misión: tú tienes familia en Celtica de las Galias, llévala allá y olvídala en alguno de sus campos. Cuando muchos años adelante aparezca ese emperador, se sorprenderán que esta moneda exista desde nuestros días". "¿Y cuándo será eso?" "Lo desconozco, Arvina. Las advertencias solo me muestran los hechos, no sus tiempos". Mauro Arvina tendió la mano, apenas complaciendo la exagerada petición de Falaneo. "Ve con Delia ahora. Verónica y las hijas están a punto de volver y tengo que ocuparme de ellas. Erenia cayó de un árbol jugando y debemos curarla. Pero queda atento a mi llamado. Voy a entregarte más tercios". "No los quiero", respondió el joven escondiendo la moneda de oro en su puño. Falaneo sonrió disimulando que lo había visto esconder la moneda en su mano y poniendo la moneda de plata restante sobre el hombro de Arvina, que la tomó nuevamente para sí.

De regreso a casa, Mauro Arvina pensaba en la absurda historia de Falaneo: luces fabricadas por los hombres; emperadores galos; sacerdotisas… La placa era real, pero ni siquiera se habría atrevido a

tocarla por temor, quizá a la locura de Falaneo, o quizá por temor a la misma Moneta, pero la casa de Marcos no era el palacio de la diosa, ¿por qué iba a privilegiar a un falsificador? Eso era más creíble, que él hubiera inventado la historia para justificar sus infracciones. Como fuera, tenía una moneda de oro consigo, mirándola constantemente en su palma. "Es oro auténtico", pensaba, ¿por qué llevarla a desaparecer a Galia como si a él le gustara viajar allá? Cambió su rumbo y fue a la panadería donde abundaban los griegos. Quizá ellos no advertirían la inexistencia de ese emperador grabado en el metal y así compraría pan para él, para Delia y algo más para envenenar a las ratas. De cualquier manera, Falaneo había dicho que la plata valía igual con la imagen de Didio que con la de su rostro. Cuanto más el oro.

A Carol Erika.



Diana Sánchez Trejo

349 hilos

Itzayana San Germán Ceceña

Por la quinta vez de esa fría mañana la mano de Valerie se aproxima al cerrojo de la puerta, un segundo antes de tocarla, retrocede, se asoma nuevamente al espejo que se encuentra justo a un lado de la salida. Hace años que el acomodo de su departamento está específicamente diseñado para poder cubrir toda su rutina (las veces que sean necesarias) de una manera lógica y que le ahorre todo el tiempo posible antes de salir. Se acomoda de nueva cuenta el broche de su cabello, pasa el quita pelusa por sus hombros, mangas y falda, lo deja en su lugar y estira el brazo hacia la puerta, pero esta vez no quita la vista del espejo.

—No, no, no, no, no. Carajo. Siempre lo mismo con esta sábana, tender un lado y zafarlo del otro. Es como si ella y la cama trajeran un pleito de hace mil generaciones atrás. No tiene ningún sentido, se supone que sus 350 hilos extrafinos rodeen el colchón con tal majestuosidad que realmente se hagan uno mismo y así yo pueda descansar por fin una noche sin sentir dos cuerpos bajo los míos ¿los míos? El mío, el tuyo, el nuestro ¿Qué importa? Igual no dormí ayer, igual no dormiré hoy. 350 hilos extrafinos, tengo más de estos hilos colgando de la cabeza y estos de verdad que no los siento. No los siento ¿Por qué no los siento? No los siento ¿Por qué no los siento? —Sus manos separan un mechón de cabello y lo llevan delante de su cara—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete…—Sus dedos van a toda prisa separando sus cabellos como si de billetes se tratara— …treinta y tres, treinta y cuatro… —Continúa contando sin detenerse a tomar aire— …sesenta y siete, sesenta y ocho, sesenta y nueve… —Los dedos comienzan a tornarse rojos de la fricción— ¡cien! —Sacude la cabeza dos veces como si marcara un *checkpoint*— …ciento cincuenta y cinco…—Sigue sin tomar aire— doscientos ochenta y dos… —Los ojos le arden de no parpadear— …trescientos… —Su cuerpo se tensa al sentir tan cerca el final— ¡trescientos cincuenta!

Suelta un suspiro fulminante e inhala todo el oxígeno que los pulmones ya exigían, haciendo al organismo volver a su normalidad.

—¿Qué? ¿Esto solamente? ¿Con esto hago una sábana? —Enreda el mechón que acaba de contar en un dedo— Ahh que vida ¿Te das

cuenta? Quiero sentir eso que solo un espejo sabe decirme que arrastro todo el día y deseo dejar de sentir eso que lo único que sabe envolver es mi sueño. Lo atrapa y se lo cuenta al colchón ¿Sabes cuándo? Exacto, cuando quiero dormir. Cuando quiero dormir entonces empieza a mover sus labios, su lengua, sus dientes. Sí. Esos también, te lo juro que los siento. Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. Y me muerde. ¿Por qué me muerdes?

Valerie se levanta, arranca la sábana del colchón y la arroja al otro lado del cuarto. Mira el espejo fijamente por 25 segundos y su pecho sube y baja anticipando un impulso que ella misma no está consciente de seguir y se tira sobre el colchón.

—Así, sí, así —gime suavemente mientras sus manos se deslizan— No. tápate, tápate, por favor. Tápate que puedo oler el sudor de otra piel absorbido en ti. No puedo así, tápate. ¿No te da vergüenza? ¿No sientes pudor? No. Te gusta que te vea. Te gusta sentir mi cuerpo sobre tu desnudez —Se levanta avergonzada—. Toma ponte esto —Valerie mira el mechón de cabello que tiene enrollado en el dedo, aprieta el puño y lo arranca—, no es mucho, pero es lo que tenías sobre ti hace un rato, 350 hilos extrafinos. Así mira, ponte esto, así mira, uno detrás del otro, así mira, alineados, todos a la misma altura. No como ella. ¡Qué me mires! —Se acerca al colchón y lo golpea repetidas veces hasta que empieza a llorar y lo abraza— Mírame por favor, no me enojo contigo, es la sabana, tu estás… bien. Pero ella no te sabe abrazar, no sabe, no sabe, no sabe, se quedan espacios entre ustedes y eso no está bien, no tiene porque, lo sabes, tú tampoco puedes disfrutar de dormir conmigo cuando ella está ahí, espaciándonos. La necesitamos por tu culpa. Sí, por tu culpa, es tu culpa, no mía, no es mía. Tú eres el que huele a morbo cuando no estás con ella, yo no tengo problema, no lo tengo, puedo dormir contigo, aunque estés desnudo, pero tú. Tú no, tú quieres que sepa que hay sudor en ti ¿Cómo no? sí me lo gritas, si han pasado más vidas por tu cuerpo que por el mío. Yo puedo ignorar todos los fluidos que has absorbido, pero tú, oh no, tú debes gritármelos. Aquí están las pruebas: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez —Sigue contando las manchas que se encuentran en el colchón y va señalando cada una de ellas; las propias gotas que caen de sus sudor mientras lo hace las incluye, el frenesí parece ir en un aumento mayor que el que la atravesó al contar sus cabellos, los dedos rojos, el cuerpo goteando, los parpados sin cerrar, los pulmones sin usar y el rostro difuminándose al morado, una sonrisa se dibuja en su rostro

cuando de murmurar comienza a gritar— …trescientos cuarenta y ocho, trescientos cuarenta y nueve… —Se desdibuja la sonrisa— ¿Qué? ¿Por qué? No puede ser, no, no, no puede ser. Falta uno. ¿Cómo que cómo lo sé? Pues lo sé. Debe haber uno más... falta… falta… falta… falta… falta… falta…

Gatea alrededor de la cama, por debajo, encima y detrás, le da vueltas de una manera tan hipnótica que pareciera que sus manos y pies ni se despegaran de la misma, avanza tan desesperada hasta que colgando de la orilla se detiene, en un golpe voltea la cabeza hacia atrás, a la dirección que arrojó la sábana y pone la mirada fija en ella. Corre.

—TÚ. Ven acá. Sí no te escondas, ven, ven, ven. Qué vengas. —Agarra la sabana con una agresividad que la envuelve hasta encontrarle la cara, de frente, la interroga— ¿Dónde está? Me falta una mancha ¿Dónde está? —Las manos le tiemblan tanto que es inevitable pensar que la sábana le tiene miedo a Valerie, tanto así que se le escabulle y cae— No, no te me escapes. Contéstame

En el piso ella y Valerie comienzan la pelea, se ha generado una nube blanca que remolinea en medio de la habitación, solo se distinguen los pliegues, las arrugas y los restantes 349 hilos extrafinos de algodón, en un segundo todo se detiene, todo es silencio. La aglomeración blanca que yace en el piso se mueve con gracia, se levanta, flota, extendida de pie y desbordando por el piso hasta el espejo.

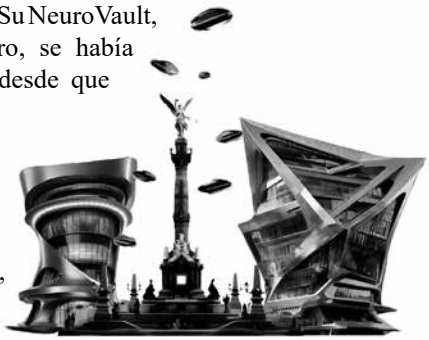
— ¿Qué quieres? Me estabas buscando, aquí estoy.



Diana Sánchez Trejo

NeuroVault

Santiago Hernández Contreras



Diana Sánchez Trejo

En la Ciudad de México del 2030, Carol vivía atrapada en una prisión de memorias. Su NeuroVault, un pequeño implante en el cerebro, se había convertido en su única compañía desde que su relación con Arturo terminó dos años atrás. Podía ver y revivir cada momento con él como si fuera una película perfectamente conservada. La primera vez que se conocieron, la risa compartida en una cafetería, los abrazos bajo la lluvia, incluso la última conversación antes de que todo se desmoronara. Para ella, esas memorias eran más reales que el presente.

Pero entonces apareció Oliver.

Lo conoció por casualidad en una librería del centro. Carol había ido a buscar una novela que solía leer con Arturo, como parte de su ciclo inquebrantable de nostalgia. Oliver, un joven delgado, rubio, de mirada serena y sonrisa fácil, estaba hojeando el mismo libro. Cuando Carol comentó que lo estaba buscando, él se lo dio con una naturalidad que la desconcertó.

—¿Te gusta la historia? —preguntó él.

—Sí —respondió Carol sin mirarlo demasiado.

—A mí también, aunque prefiero recordar lo que sentí la primera vez que lo leí, en lugar de volver a revivirlo exactamente igual. —Oliver la miró con interés—. No usas el NeuroVault, ¿o sí?

Carol sintió un escalofrío. Claro que lo usaba. Todos lo usaban. Pero Oliver parecía diferente.

—Claro que lo uso —dijo, como si fuera una obviedad.

—Yo no —respondió él con tranquilidad—. Prefiero dejar que los recuerdos cambien conmigo. La memoria humana es imperfecta, y eso la hace más real.

Aquello la perturbó más de lo que quiso admitir. En los días siguientes, Carol y Oliver siguieron encontrándose. Conversaban

en cafés, paseaban por parques y compartían pensamientos. Cada encuentro era como un recordatorio de que la vida no solo estaba en lo que había sido, sino en lo que podía ser. Oliver tenía una forma de ver el mundo que la fascinaba. Se sorprendía cuando él recordaba detalles de sus encuentros sin necesidad del NeuroVault: el color de su suéter el primer día, la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de literatura.

Un día, Oliver la llevó a un mirador donde la ciudad se desplegaba bajo un cielo anaranjado. Sin decir nada, tomó su mano y la apretó con suavidad.

—No necesitas una máquina para recordar este momento —susurró.

Carol cerró los ojos y se permitió absorber cada sensación: el viento fresco, el calor de su mano, la melodía lejana de un músico callejero. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que un recuerdo se imprimía en su piel sin necesidad de almacenarlo en una base de datos.

Poco a poco, Carol se fue enamorando de Oliver. Su risa era un ancla, su presencia una brújula que la guiaba fuera de su cárcel de recuerdos. Aprendió a confiar en la incertidumbre, a dejarse llevar por lo inesperado. Oliver la retaba, le enseñaba a improvisar, a perderse en las calles sin la necesidad de saber cada paso con anticipación. Con él, descubrió la magia de lo efímero, de los momentos que solo existían en la fragilidad del presente.

Se volvieron inseparables. Descubrieron juntos rincones de la ciudad que Carol nunca había visto, no porque fueran nuevos, sino porque nunca les había prestado atención. Bailaron bajo la lluvia en una noche inesperada, compartieron conversaciones profundas en el techo de su departamento, viendo el tráfico nocturno con el eco de una canción sonando desde su celular. Oliver la hacía reír como nadie, con bromas inesperadas y ocurrencias espontáneas que rompían cualquier tensión. Con él, la vida era más ligera, más real.

Pero el miedo no desaparecía del todo. Carol comenzó a cuestionarse. ¿Qué pasaría si Oliver también se convertía en un recuerdo más? ¿Y si todo terminaba mal? La idea la atormentaba, y su ansiedad la empujó a hacer lo que mejor sabía hacer: volver a conectarse al NeuroVault.

Quería asegurarse de que esos momentos con Oliver seguían allí, intactos. Uno por uno, los revivió: la risa en la librería, el beso en la azotea, las caminatas nocturnas. Pero algo no encajaba. Cuanto más los veía, más parecían perder su calidez, su autenticidad. Como si,

al repetirlos tantas veces, fueran solamente ecos de lo que alguna vez fueron.

La imagen comenzó a distorsionarse. Algo estaba mal.

Las luces en la habitación se atenuaron. La librería desapareció. Oliver dejó de sonreír. Carol parpadeó, confundida, mientras todo se desvanecía a su alrededor.

De pronto, el sonido de un zumbido la sacó de su ensueño.

Estaba sentada en su apartamento, el NeuroVault aún conectado. La pantalla frente a ella mostraba la línea de tiempo de sus recuerdos con Oliver. Un archivo más, una historia archivada en la frialdad de un dispositivo.

Carol no estaba viviendo esos momentos, solo los estaba reviviendo. Todo había sido una ilusión, una proyección de su obsesión por el pasado. Oliver ya no estaba. Todo había terminado hace tiempo.

Carol miró la pantalla una última vez. La imagen de Oliver sonreía, congelada en un momento que ya no existía. Su dedo tembloroso se acercó al botón de reproducción. Dudó. Suspiró.

Y entonces, en lugar de apagar el dispositivo, decidió volver a reproducir todos sus recuerdos con Oliver, regresando a su ciclo de depresión y arrepentimiento.



Diana Sánchez Trejo

Que llegues con bien

Denzil Garteiz

Contagiado por la tradición del primero de noviembre y rodeado de personajes enmascarados que festejan a la muerte, camino por las calles de Malinalco. Es el día de los *Nuevos Difuntos.*

Yo lo desconocía, pero hoy en todo el pueblo abren las casas de los que murieron durante el año e invitan a familiares, amigos y cualquier persona interesada a visitar lo que durante semanas la familia ha preparado para sus difuntos. El esmero y la dedicación con que decoran los altares es parte de la ceremonia que ofrecen para aquellos que se han adelantado al más allá y sirve para ayudarlos a emprender su viaje al Mictlán.

Como no venía preparado, por disfraz porto únicamente cinco largas ceras blancas que compré en el puesto de la esquina y una capa invisible de curiosidad.

Hasta el momento he recorrido dos casas y el ritual me ha parecido mágico. Visité los altares de Juan Francisco y Esteban; dos hombres trabajadores que fueron queridos por sus hijos y nietos, muy respetados en el pueblo y que ahora descansan en paz a causa de la vejez o la enfermedad. A cambio de la vela que yo le obsequié a sus parientes, recibí pan de muerto, mezcal afrutado, un vasito de champurrado y bolsitas con dulces y chocolates. Las familias enlutadas parecían tranquilas y alegres de celebrar la muerte porque saben que hoy el alma de sus difuntos regresa para convivir con ellos y se regocija con sus artículos, alimentos y bebidas favoritas.

Ahora, justo después de que el sol se ha perdido tras el horizonte y poco antes de que haya caído la negra noche, me adentro en un callejón angosto, donde al fondo se aprecia la tenue luz de una reja entreabierta en medio de la penumbra. De no ser por los demás moradores que se enfilan en esa dirección seguramente no hubiera desviado mi camino hacia allá. Varios metros antes de llegar, como si el sol hubiera dejado uno de sus rayos para iluminar el destino, aparece en el centro de la calle empedrada una delgada línea de pétalos vibrantes. Al igual que a las almas difuntas, su aroma y su brillante color nos dirigen en la dirección correcta.

De pronto, al cruzar la verja siento el calor de las ceras encendidas y me deslumbra su intenso resplandor. El sendero de *Cempasúchil* que nos trajo hasta aquí se mezcla con una inmensa alfombra de pétalos de *Crisantemo y Aliento de Bebé,* que cubre todo el patio de una perfumada blancura. Pequeñas veladoras y macetas con *Crestas de Gallo* forman una estrecha vereda que lleva hacia el altar y sobre ella, como caminando hacia allá,

unos zapatos tenis color lila de talla cinco o seis a lo más, descansan ligeros sobre las flores; uno de ellos todavía trae amarrado el lazo de las agujetas; el otro no.

Me corre un tremor repentino a lo largo de la espalda. Algo está fuera de lugar pero aún no reparo qué es.

En el centro del patio, a un lado de la vereda y frente al altar recostados sobre la alfombra de flores, pero asentados con mayor pesadez, dos largos troncos forman un enorme crucifijo que sostiene incrustadas en la madera decenas de ceras de diferentes tamaños. Sus flamas oscilan en las puntas como si la luz y el calor bailaran un vals al son de un violín en una fiesta de gala. El altar está forrado con papel de China en tonos de rosa y morado que hacen juego con el color de los tenis.

Las sienes se me cubren de un frío sudor. La magia del ritual se me empieza a desmoronar.

Voy alzando la mirada desde el suelo hacia arriba y cuento nueve niveles en el altar, que según lo que leí, son los mismos que hay que descender hacia el inframundo del Mictlán. Cada nivel está surtido con canastas de fruta, panes de muerto, calaveras azucaradas, golosinas y más flores, muchas flores. Los muñecos de peluche y las *Barbies* intercaladas en la ofrenda por fin confirman mi temor. Este altar no es igual a los otros dispuestos en el pueblo para esta noche. Aquí no hay cigarros, tacos de billar o botellas de tequila. No hay barajas, cervezas ni guitarras de juerga… No hay un solo indicio de una vida plena o satisfecha; no hay vicios o virtudes que mostrar. Es claro que la difunta no pasó mucho tiempo en el mundo terrenal pero no hay evidencia que justifique por qué la parca se la llevó tan pronto.

Finalmente, mi vista llega al nivel más alto y la veo, encerrada tras un cristal y un marco de madera, arropada en un ligero vestido blanco que se ondea con el viento, levantando sus brazos hacia el sol y sonriéndole a la vida que hoy ya perdió. Tras su fotografía hay un par de enormes alas de papel plateado confeccionadas para simular el vuelo de un ángel. En un marco adjunto más grande y protector, la imagen de la Virgen María. Y por encima de todo, en una celosía con imponentes letras doradas se lee: *Madison.*

Conocer su nombre, aún sin haberla conocido a ella, me trae lágrimas a los ojos.

Tomo asiento en una de las sillas colocadas ahí para que las visitas admiren el altar. A mi lado, escucho a dos señoras conversando en voz baja: Murió de dengue, dice una. ¿Pero cómo es posible?, pregunta la otra. ¿No la llevaron al médico? Sí, contesta la primera, pero no tenían medicamentos. Después de una breve pausa una de ellas agrega: Espero que *Mictlantecuhtli* le abra las puertas en la *Mansión de los Muertos*. Ambas se persignan el pecho, besan la cruz formada por sus índices y pulgares y vuelven a guardar silencio.

Me cuesta trabajo entender que en pleno siglo XXI alguien pueda morir por el

piquete de un mosco y que los servicios de salud rural sean tan precarios en este país. Pareciera que no solo el ritual de los difuntos es prehispánico, sino también las condiciones sociales de este pueblo.

También me cuesta trabajo pensar que el alma de una niña tenga que atravesar ríos caudalosos, montañas nevadas y densas neblinas; que tenga que esquivar flechas envenenadas y librar jaguares hambrientos; que por compañía lleve solamente a un fiel *xoloitzcuintle* defensor; todo esto solo para lograr entrar al sitio del eterno descanso.

Tampoco creo que las almas, ni siquiera las de los niños, suban al cielo, se conviertan en ángeles y surquen los aires para vigilar a sus seres queridos por toda una eternidad.

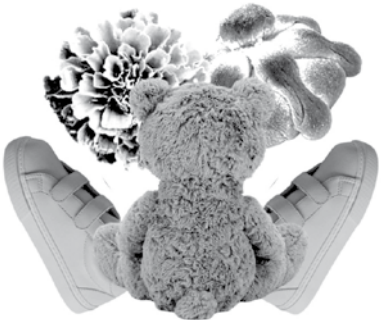
Lo que sí sé, porque lo siento, es que el espíritu de *Madison* está aquí en este patio, entrelazado con los vivos; los queridos y los desconocidos. Lo sé porque su madre no llora cuando enciende una y otra cera en su honor y porque, a solo dos meses de su partida, su familia ha sido capaz de levantar el ánimo y montar un homenaje espectacular para recibirla hoy. Lo sé porque su presencia nos une a todos en una extraña mezcla de paz, añoranza, melancolía y esperanza.

Unos dirán que fue el *Cempasúchil* que la guió hasta aquí. Otros que el Señor la dejó bajar del Cielo por un momento. ¿Yo?… Yo no sé qué pensar.

Me levanto de la silla sin saber que hacer, aún me quedan dos ceras y debo continuar mi recorrido; hay más difuntos que visitar. Pero este altar me ha destrozado el corazón. La noche ahora es más obscura, mi capa ha perdido su poder y el *Cempasúchil* no tiene ya su mismo esplendor.

Antes de salir nuevamente al callejón, dirijo por última vez la mirada hacia el altar y me esfuerzo para susurrar al viento:

A donde quiera que vayas, Madison… al Cielo o al Mictlán, espero que llegues con bien.



Diana Sánchez Trejo

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Greñas,
Itzayana SGC

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Diego Valdez Morales
Luis Rodrigo Martínez Insfrán

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y cinco. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Abril-Mayo de 2025.

Ultimátum

"¿Cómo va a tenerse derecho a lo que uno no ha construido ni se ha ganado?"

Los enamoramientos
Javier Marías

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C

www.porescrito.org

Por Escrito